La Ilustracion Artística

AÑO X — BARCELONA 15 DE JUNIO DE 1891 — NÚM. 494

ADVERTENCIA.-Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el correspondiente tomo de la Biblioteca Universal. Será éste el primero de «NERÓN,» por D. Emilio Castelar, ilustrado con profusión de grabados.

SUMARIO

LA EXPOSICION GENERAL
DE BELLAS ARTES

VII

LA SECCIÓN DE PINTURA EXTRANJERA

Ocurre en las Exposiciones que, conforme pasa el tiempo, se va depurando de tal modo la selección del público y la crítica, que al llegar el momento de la clausura, es difícil traer un factor nuevo al juicio. Como todo se ha dicho y repetido de sobra, quien lo intenta se expone á *descubrir el Mediterráneo* ó á extraviarse por laberínticas veredas con el anhelo de la novedad.

La Exposición está casi para cerrarse, y el parecer de todos, controvertido hasta el exceso y pasado por tamiz. En tal momento llego á la sección extranjera, la cual por otra parte no ofrece mucho en qué escoger, aunque lo poco bueno es óptimo y la calidad suple á la cantidad. A ciento treinta no llegarán las obras expuestas en aquella única sala. De ellas, si hemos de ser muy rigurosos en elegir, sólo quedará el recuerdo de unas cuarenta, caso que quepan en la lista. El público las conoce ya al dedillo, por lo menos las que á él le atañen más directamente; los artistas, las suyas. Aquel ha sido como un salón de descanso, donde todos nos aliviábamos del especial mareo y fatiga que causa en las exposiciones la búsqueda de lo excelente entre lo mediano. En la sección extranjera, nada de eso. Todos hemos llegado á saber el lugar preciso donde colgaba lo mejor, y el hábito dirigía á unos grupos en peregrinación constante hacia *L' heritier*, á otros hacia el *Mauvais jour* de Leandre ó los dibujos de Renouard, y á todos juntos á los cuadros de Van-den-Beers. Fallaba en este último caso aquel principio de que los artistas no se detienen nunca enfrente de la obra que admiran los profanos, sino en la del lado precisamente: observación maliciosa que tomada sin embargo en serio podría dar lugar, como defensa y alegato, á todo un curso de estética muy fundada y racional. Después de todo, lo mismo había de ocurrir en todo otro arte ó ciencia (la medicina ó la literatura, por ejemplo),



UN MÁRTIR, escultura de D. Agustín Querol

si sus invenciones se colgaran de los muros: el público siempre juzga desde un punto de vista muy diverso del que elige la gente del oficio, y lleva á su parecer una cantidad de razones extra-artísticas en un caso, ó extra-científicas en otro, que importan casi siempre muy poco á los competidores. Pero sea de esto lo que fuere, á Van-den-Beers le admiramos unos y otros. Bien es verdad, ahora que me acuerdo – para que se vea cuán cierto es lo indicado arriba; – bien es verdad que no iban muchos á contemplar aquellas pinturas, como pinturas, sino á cerciorarse de lo fundado de su mala reputación... moral, forjada en mal hora y con harta precipitación... Fuera de esto, precisamente en la sección extranjera habían de separarse con más frecuencia los dos grandes grupos de espectadores, por cuanto si algún interés ofrecieron este año aquellos lienzos, ha sido el de traernos, aunque escasas, algunas notas de la pintura novísima que sólo á unos pocos podían interesar.

A Van-den-Beers le ha pasado aquí lo que en otras exposiciones. Se le ha discutido, analizado y comparado consigo mismo; se atribuyó su maravillosa factura á un artificio (la aplicación de la fotografía), con la misma falta de fundamento de siempre, y se ha discurrido sobre el raro é indefinible prestigio de sus figuras femeninas. Todo lo cual quiere decir, en suma, que le hemos admirado como una maravilla. Resultado de tales discusiones: acaso no queda en la Exposición un solo pintor de quien se puedan resumir con más unánime acuerdo sus más visibles caracteres. Todos quedaron conformes en que su *Mouchoir de la Veronique* es un *truc*, y su retrato de Rochefort un asombro, una suerte de evocación mágica en el fondo de una cámara obscura; todos repiten que de sus demás cuadritos son los mejores su *Paresse*, *Insouciante* y *Sur le paravent (Pierrete noire)* que no pueden compararse ni remotamente á la *Bérgere Luis XV* ni á la *Femme aux echasses* ó la *Pecheuse*. El hechizo de aquellas tres figurillas, pintadas con la minuciosidad y nitidez de primorosas miniaturas en algunos fragmentos y con el descuido adrede en otros, es verdaderamente singular y á nada comparable. Tienen las tres cierta exquisita y refinada elegancia con más la intención provocativa y perturbadora lanzada como un reto á la curiosidad intelectual del espectador, como la que despiertan ciertas heroínas de la moderna novela psicológica francesa... cuando queda tiempo para tales minucias. Como pintura, los primores del modelado, la calidad y delicadeza de las carnaciones, la pureza de los contornos y escorzos, las gradaciones y velos sutiles é impalpables del claro-obscuro, son más notables sin duda alguna en la *Insouciante*, hecha un ovillo y sonriendo picaresca en la sombra, que en sus dos hermanas de rostros algo recortados, como incrustaciones de marfil. El conjunto, alumbrado por tibias luces de interior, deja una impresión de preciosidad y rareza más propia para guardar en rico estuche que para colgar en las paredes.

No siento la misma predilección común por *L' heritier* de Van-den-Bós, la nobilísima y majestuosa figura de reina viuda y enlutada, junto al joven príncipe heredero. Aunque ambos personajes respiran la dignidad y soberana distinción de la majestad real, severa, simple y atractiva, y el mismo dibujo firme y robusto y la entonación del cuadro concuerdan de un modo peculiarísimo con aquel sentimiento, las carnaciones, sin embargo, propenden á la sonrosada brillantez de la pintura de porcelana, como las de Van-den-Beers al marfil.

Tampoco Roll en su obra *Le travail* se halla á la misma altura que ocupa actualmente. Aquella composición, por sus extraordinarias dimensiones, el número de las figuras y el asunto elegido – grupos de obreros ocupados en vasta construcción, – recuerda por cierto uno de aquellos proyectos colosales de Claude Lantier de *L' Œuvre*, acosado por el anhelo de convertir en grandes composiciones decorativas los magníficos espectáculos de la industria moderna, á la manera que en lo antiguo esplendían en las bóvedas de los palacios las apoteosis de los héroes. La grandiosidad del escenario, junto á la realidad sorprendente de los actores, de tamaño del natural, atléticos y robustos, atrae de pronto las miradas como toda tentativa pujante; pero la composición total, de entonación apagada y fría, trae á la memoria el parecer de un crítico que precisamente refiriéndose á á aquellas fechas (pues el cuadro es de 1885 si no me equivoco), juzgaba así el primer período del insigne pintor: «Roll siente por la naturaleza ternura ardiente; contempló con toda franqueza los aspectos de la »vida contemporánea, sorprendió sus grandes rasgos »aunque no siempre los más característicos, y los tra»dujo con lealtad, en una lengua ruda, que parecía »brutal porque carecía de matices, é indecisa en rea»lidad porque le faltaba osadía... Vastos lienzos, don»de ni los ojos ni la mente se hallan atraídos hacia »un interés dominante; obras poco concentradas ó »demasiado borrosas, denunciaron la varonil bon»dad del artista, su natural y vigorosa elocuencia.» Seguramente *Le travail* figura en este número, bien inferior á su admirable *Femme au taureau* expuesta aquí en 1888.

Más interesantes me parecen, aunque de dimensiones modestas, los dos lienzos de Leandre, *Le banc d' œuvre* y *Mauvais jour*, particularmente este último, que es, á mi juicio, la más completa pintura de aquella sala; la que deja satisfechos los ojos y el ánimo con la nobleza de su única figura, de una postura naturalísima, el tinte severamente melancólico, sin incurrir en la que empieza ya á llamarse tristeza enfermiza, y la felicísima ejecución, de una verdad pasmosa dentro de una tonalidad obscura y velada de la última luz de un día brumoso en el estudio de un pintor. Sólo pueden ponerse para mí junto á este cuadro la magistral acuarela de Signorini, *La justice au Maroc*; los graciosos frisos decorativos de Hynais *Femmes et enfants*, y la rica colección de dibujos al carbón, á lápiz y á pluma, donde figuran entre otras obras admirables y sólidas, *La toilette du matin* de Lhermitte, dos *retratos* de Engel, los apuntes para ilustraciones de Renouard, magistrales en su género, algunos de los croquis á pluma de Vilette, y el elegante retrato de Mlle. Barety, por la Beaury-Saurel.

De intento dejé para terminar los pocos lienzos que traen á aquella sala la nota novísima de un impresionismo osado, como *A la Fenetre* de Zandomeneghi, en la que se descubre, sin embargo, el talento del colorista, ó la muestra de cierta pintura decorativa de casas consistoriales y juzgados, como *Le Jardinage* y *Le Rameur*, de Karbowsky. Por aquellas dos figuras fragmentarias sólo podemos cerciorarnos de la seguridad y admirable corrección del dibujo, pero no de la composición entera. Por el color, tenue y grisáceo, Karbowsky será uno de tantos secuaces é imitadores que ha suscitado Puvis de Chavannes, y que aplican el mismo procedimiento á una suerte de idealización de escenas tan prosaicas como el ejercicio del sufragio ó los procesos verbales, con que decorar las frías paredes de un colegio electoral ó una sala de vistas. No es posible confundir esta tentativa, ni con las grandes pinturas decorativas de aquel maestro, ni con la misma de Roll *Le travail*. Recientemente se mofa la crítica francesa de ese nuevo género, propio para satisfacer la cómica vanidad de Prudhomme en el ejercicio de sus antiestéticas funciones concejiles.

Fuera de éstas, las dos notas más curiosas por su novedad, son la de Thevenot, *Un repos*, de una fuerza luminosa extraordinaria, alcanzada con originalidad y valentía, y el célebre lienzo de Rochegrosse *Le chevalier Thannausser de Venusberg*, que, á pesar de la pretendida universalidad del color, como lengua para los ojos, vibra á los nuestros del modo que sonaría en los oídos un verso heroico en idioma totalmente ignorado. La Venus de la leyenda germánica de ondulantes y voluptuosas líneas, de cuerpo sonrosado y vaporoso, ciñe, recostada en el aire, el cuello del caballero Thannausser, tendido oblicuamente con rigidez hipnótica, los brazos en cruz y fija la mirada. Su larga veste, sus piernas que reviste la malla de acero, resaltan sobre un fondo clarísimo y risueño como las carmíneas tintas de la aurora, y en aquella atmósfera fluida y vaga, se prolongan, lo mismo que en un estanque las temblorosas ondulaciones del agua tras la caída de una piedra, los suaves contornos de la Venus, repetidos una y otra vez hasta disiparse lentamente. Flores ideales brotan del suelo y abren sus corolas azuladas, ostentando en el centro, como puntos brillantes *reales y palpables* broches de metal ó vidrio, incrustados en el lienzo cual las piedras preciosas en una joya. La tonalidad general es grata, como todo color alegre que acaricia los ojos con suavidad; algunos fragmentos, las flores de aquel país de leyenda, están pintados con el desenfado y el espontáneo acierto que denuncian al gran artista; pero confieso ingenuamente mi perplejidad ante una pintura empeñada en recordar á su modo las emociones de la música como la poesía decadente. Lo único que cabe descubrir en aquella obra, es el impotente esfuerzo por hallar una fórmula novísima que late y se anuncia en todas las artes sin que hasta ahora se acierte con ella ni pueda conjeturarse cuál será.

J. YXART

8 junio 1891

LA EXPOSICIÓN
DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE MADRID

La más importante de las exposiciones celebradas por esta sociedad, es sin duda alguna la actual. Figuran unas cuatrocientas obras pictóricas y escultóricas, y entre las primeras, las firmas de los más celebrados artistas españoles.

Pero – ¡no podía faltar esta fruta! – lo mejorcito de lo expuesto pertenece á un muerto y á un loco, y pintado hace años. Los desnudos del malogrado pintor valenciano Cortina, cuya muerte, acaecida en una buhardilla de miserable casa de esta Corte, fué la primera noticia de que existiera un colorista que en algunas de sus obras alcanza la talla de Velázquez, son verdaderas joyas de esta exposición y lo serían asimismo de otra de mucha mayor importancia.

No constituyen cuadro ninguna de las producciones de Cortina, á excepción de la titulada *Descanso del modelo:* las demás son únicamente *estudios* y composiciones más ó menos concluídas, pero dominando en todas la nota sobria y hermosa de una paleta castiza y excepcional. El *Descanso del modelo* representa una mujer desnuda, en cuclillas, de espaldas al espectador y atizando el fuego de la estufa. Para describir la belleza plástica de este cuadro – quizás un tanto *realista*, según el criterio de gentes de cuyos nombres no quiero acordarme, – la pluma no es bastante, ni creo que con la descripción se pueda llegar á dar la más ligera idea. Lo mismo acontece con el resto de la obra de Cortina: es menester verla; y viéndola, admirarla.

Resiéntese, sin embargo, lo aquí expuesto del hoy celebrado muerto, del defecto de que adolecen los genios sin una educación del gusto muy delicada; así como plásticamente, es decir, dibujando y sobre todo pintando, subyuga; la elección de los motivos y la disposición de las figuras acusan el humildísimo abolengo del eximio artista. Fáltale á toda su obra delicadeza, *finura* – si me es permitida la palabra, buena educación. – Las mujeres de sus cuadros, como los hombres, son de baja esfera, de la clase ínfima *non sancta;* hay exceso de materia y carencia casi absoluta del sentimiento de dignidad, que emanando del espíritu, modifica costumbres y presta á la misma materia esa belleza psíquica que con tanto empeño debe buscar el artista para ennoblecer la obra del arte.

A Casimiro Sainz, hace ya dos ó tres años huésped de un manicomio, pertenece la otra parte del éxito total del certamen del Círculo de Bellas Artes. El insigne paisajista montañés está dignamente representado con cuatro primorosos cuadros pintados en fecha bastante lejana. Y á pesar de ser conocidos estos paisajes de gran parte del público aficionado al arte, no por eso dejan de ser la admiración de todos cuantos los examinan; muy al contrario, sirve tal examen para medir la distancia que separa de la verdad á los paisajistas cuerdos españoles. ¡Cuán pequeños, cuán falsos, cuán empalagosos por su misma mentira y falta de sinceridad resultan el resto de los paisajes expuestos!

Dos de las telas de Casimiro Sainz pueden considerarse panorámicas. Una representa la ribera del Manzanares. Vense metidas en sus cajones varias lavanderas, la ropa tendida, los tendederos hechos con esteras viejas para librarse de los rayos solares, los colgaderos, los árboles que sombrean ambas orillas del mezquino riachuelo; allá, destacándose luminosa, la silueta de una parte de la villa y corte, y á la derecha la cúpula de San Francisco el Grande. El cielo madrileño brillante; la luz del sol esplendorosa, bañando el paisaje, pintado de un modo magistral.

Sencillez, justedad de tonos, dibujo escrupuloso, buen gusto, tal es la obra del insigne paisajista, que así trazaba un árbol como una figura. De él nos quedan sus obras que solas brillan en medio de tanta mentira como constituye el género hoy prostituído por aficionados y osadas medianías, tan faltas de talento y disposición para el arte, como engreídas y huecas.

Descartadas las sobresalientes notas de Cortina y Sainz, las demás ocupan un lugar secundario; y cuenta que figuran de José Jiménez Aranda, de Sala, de Domínguez, de Sorolla, etc., amén de dos cuadritos de Fortuny y Plasencia.

Cosa singular: lo mejor de este certamen, después de los cuadros de los dos primeros pintores, pertenece á otros dos artistas muertos también: Fortuny y Plasencia. Pero ahora antójaseme hablar de cuadros de autores vivos; y á fe que buena falta me hará el repuesto de las obras del hijo de Reus y del de Guadalajara, para cubrir, al final de la jornada, este ejército de soldaditos de plomo que en ringlera se presenta tan orgulloso de sus colorines, y del Jurado de admisión que le dió certificado de bueno.

Me apresuro á advertir á mis lectores, antes de entrar en materia, que no pretendo ocuparme de todas ni de la mitad de las obras expuestas en el Palacio de Cristal del Parque de Madrid.

El señor Jiménez Aranda exhibe un retrato malo; un dibujo no más que regular; unos fumadores (de



BARRENDERO (París), cuadro de D. Ignacio Zuloaga
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

casacón, por supuesto) regularcitos también; una media figura de señorita, pintada al aire libre, bien dibujada y modelada, y una pescadora de Villerville ó por allá, buena de dibujo, fría de color, pero construída y ejecutada á conciencia. Observo que el ilustre artista no pertenece á la familia de los gigantes del arte. Conténtase con hacer un pinito pintando alguna que otra media figura de tamaño natural, muy razonada, eso sí, pero fatigosa y fría de concepto y de paleta. Por lo demás, sus casacones (pinta muy bien las casacas y las chupas) son el eterno *ritornello* de una época ya de suyo empalagosa. Nuestros empelucados abuelos, según el ilustre pintor andaluz, eran unos insoportables derrochadores del tiempo. De la botillería á la tertulia, de la tertulia á la botillería; de la sala de juego á casa del escribano, adonde les lleva la necesidad de empeñar unos barbechos; de casa del escribano á la salita de juego, *et sic de cœteris*. Sabemos de memoria la vida y milagros de los súbditos de Carlos IV. ¡Piedad, señor Jiménez Aranda, piedad! Prefiero que pinte usted de nuevo la caída de un obrero, y sobre todo *La Visión de Fray Martín*, aun cuando sea á blanco y negro.

No sé por qué, me recuerdan estas variaciones sobre el tema *casacón*, aquel otro tema de marineros en ringla, marineros fumando, marineros meditando, marineros con las redes á cuestas, marineros en salsa, ó bien labriegos pastoreando, labriegos fumando, labriegos rezando, labriegos... ¡No parece sino que esos labriegos y esos marineros pasan toda la vida sin más afecciones, ni más cariños, ni más luchas ni más nada! Los obreros, la vida fabril é industrial, la lucha moderna de la vida, que reviste caracteres nacionales y regionales diversos, y que caracterizan el siglo en que vivimos, eso que constituye lo más saliente de la fisonomía política y social de esta centuria; eso, repito, que es gigantesco, nadie lo pinta. ¿Por qué? A propósito de esta exposición lo diré en el artículo siguiente.

R. BALSA DE LA VEGA

Mayo de 1891

¡YA VIENEN! ¡YA VIENEN!

Aquella mañana todo era júbilo y regocijo para los habitantes de la corte. Júbilo que anunciaban las campanas con su incesante y monótono clamoreo; regocijo que pregonaban clarines y tambores, mientras por las calles que desembocan en la Puerta del Sol brillaban las bayonetas de los infantes y las corazas de los jinetes, que á paso ligero iban, volvían y se mezclaban en ordenado tropel, para extenderse después en orden de parada por la carrera que habían de recorrer SS. MM.

Casábase Alfonso XII con su prima la infanta Mercedes; y era preciso cubrir *con carne de cañón*, haciendo así alarde de pompa y de grandeza, el trayecto que desde la estación del ferrocarril del Mediodía hasta la Basílica de Atocha y de éste á Palacio tenían que atravesar los regios y jóvenes esposos.

Mostróse el sol espléndido y brillante, como queriendo contribuir á tan fausto acontecimiento; y nuestras más descocadas y salerosas chulas, nuestros pilluelos más engranujados, nuestras exquisitas niñas cursis y cuantos constituyen, en fin, la abigarrada población de los Madriles, se habían lanzado desde temprano á la ventura, ansiosos de contemplar á la joven y española soberana, que según las coplas que se cantaban aquellos días por los barrios bajos, se casaba *por amor*, como una cualquiera.

Tal familia corría desalentada en busca del balcón, que había pagado á peso de oro y al que quería llegar antes que formaran las tropas.

Un papá complaciente era llevado á remolque por sus tres niñas casaderas, que habían de colocarse en la calle del Siete de Julio, donde estaba formado el batallón de que Carlitos formaba parte; Carlitos, aquel constante tertulio de la casa, disputado á mano armada por las tres hermanitas.

Carmen y Lola, con sus gruesos y fleecudos mantones sobre los hombros y sus pañuelos de seda levantados sobre el pelo en forma de pico, pasaban y repasaban por entre las filas de los soldados, que abandonando por un momento la gravedad de la disciplina, lanzaban á las dos madrileñas de pura sangre los más atrevidos y pecaminosos requiebros. A medida que era más alta la graduación del militar que las requebraba, era más placentera la sonrisa de las chulas, y bueno es advertir que para ellas también formaba aquel día el elemento civil, á juzgar por las dos filas de curiosos de todas las clases sociales que se abrían á su paso.

En aquella fiesta, como en cuantas se verifican *gratis* y al aire libre, se confundían y mezclaban todas las categorías humanas, como se mezclan y confunden en un vaso el agua y el vino y en un bolsillo la plata y el cobre. Tras de la *vengadora* de alto porte y ricos botones de brillantes en las orejas, marcha el político de segunda fila, rodeado de su camarilla aduladora, dispuesta á reir á mandíbula batiente de la frase mordaz, dicha en voz alta por el primero, contra el jefe de su mismo partido. En pos de éste, y sin darse cuenta de su ridícula caricatura, pasea el aspirante á banderillero que, según él, ya había toreado en Chinchón y Valdemoro unos toros de desecho del Duque, y dió el quiebro de rodillas y el salto de la garrocha, y le echaron cigarros para seis años. Porque él vale mucho, eso sí, y no es porque él lo diga, sino que lo pueden atestiguar los que le acompañan, que forman también su camarilla y que lo mismo llevan el capote á un matador, que limpian un reloj al primer transeunte que se descuide.

¿Qué hombre, por poco que sea dentro de su carrera, empleo ó profesión, no tiene media docena de admiradores parásitos, que aturdiéndole con sus irreflexivos aplausos estudian á conciencia sus defectos para devorarle por el menor de ellos el día inevitable de la desgracia? Ved caminar al tahur de



EN LA FUENTE, cuadro de D. Ernesto Creci (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

oficio, al *grupier* de las casas de juego, con su camarilla de *puntos* de á peseta y de *levanta-muertos*, que le alaban la célebre jugada de la noche anterior ó el rasgo del domingo. Camarilla lleva también el actorzuelo que gana diez pesetas en un teatro por horas, compuesta de un muchacho de buena familia que ha escrito una piececita y quiere ver si consigue *meterla* en el teatro; de un racionista meritorio, que no hace más méritos que estropear las tres palabras que de cuando en cuando le reparte algún autor que no le conoce; de dos estudiantes, amigos de la infancia, que quieren obtener á todo trance entrada libre en el escenario para mirar de cerca el escote de tal corista ó las formas de tal partiquina, y por último, de un aspirante á noticiero de cualquier periódico, que sólo desea dos butaquitas cada tres días para obsequiar al hijo de un redactor de un periódico quincenal, que es el que le ha prometido presentarle al regente de la imprenta de un diario para ver si éste puede presentarle á su vez á un amigo que conoce algo al director de una publicación de importancia, donde quizá puede obtener la plaza de crítico de teatros, que tanto ambiciona.

Camarilla lleva el coronel retirado, el de la cara de vinagre y bigote negro como la tinta, gracias al licor de Arrieta; camarilla compuesta de un capellán castrense, á quien expulsaron del regimiento por su conducta, menos correcta de lo que debía esperarse de un ministro del Altísimo; de un capitán que lleva veintisiete años en el empleo, y de ellos diez y nueve de reemplazo; de un primo de la coronela que entiende mucho de *milicia*, porque su abuelo fué guardia de Corps, y de dos ó tres alféreces descontentos con todas las situaciones políticas y todos los ministros de la guerra y todos los coroneles del ejército y todos los comandantes que han mandado, mandan y mandarán en los batallones donde sirven. Claro es que tanto este coronel como los que forman su camarilla son republicanos de Ruiz Zorrilla, y llevan siempre en el bolsillo la credencial de un nuevo empleo. . . . .

. . . .

– ¡Míralos, míralos! ¡Ya vienen! ¿No lo oyes?

– Sí, es verdad. ¡Y cómo corre la gente!... ¡Cómo invade la carrera!... ¡Cómo bajan por las calles transversales hasta colocarse entre los soldados!... ¡Cómo se apiña la gente en los balcones!... ¡Ya se acercan!.. Mira los penachos... ¡Y vienen á galope!... ¡Pero si no son ellos!...

– ¡Uf!... ¿Quién es ese señor de las plumas que pasa como una exhalación, seguido de tres oficiales... y detrás de ellos van seis soldados?... ¡Qué cascos tan feos!... ¡Son nuevos!.. ¡Parecen extranjeros!...

– ¡Es un general! Ese ya ha pasado cinco veces, siempre á galope y como si fuera á algo importante...

– ¡Mira: por el otro lado viene otro señor también á caballo! ¡Se saludan y siguen su camino sin detenerse!

– Parece que sólo pasan y repasan para lucir sus entorchados y cruces...

– Van de aquí para allá, yo creo que sin rumbo fijo.

– ¡Todas las miradas se fijan en ellos!... El más joven es guapo y pertenece al Estado Mayor... ¡Lleva sombrero de tres picos!... ¡El otro lleva casco!... Ya no se fija la gente en Carmen y Lola, porque hasta ellas mismas se fijan en los generales. ¡Para eso han ido! ¡Para lucirse primero, y para verlo todo después!

– ¡Y no están mal colocadas!.. El abanderado del regimiento de Covadonga, situado frente á la calle de Bordadores, las ha hecho un sitio entre el último soldado de una compañía y el sargento primero de la otra.

– ¡Están bien!... ¡Lo ven todo!... Incluso al teniente que no deja de bromear con ellas de vez en cuando, siempre que no pasa algún oficial general á quien haya de presentarle la bandera.

– ¡Y qué movimiento! ¡No para un minuto!

– ¡Ya está el asta en el suelo! ¡No! ¡Ya la levanta!

– Es que pasa un brigadier... y todos le saludan con la espada.

– No, no es al abanderado; es al trozo de seda roja y amarilla que simboliza á España.

– La verdad es que las miradas se reparten entre el brigadier y él.

– ¡Ya se va!... ¡Viene otro!... ¡Qué barullo!... ¡Qué mareo!...

– ¿Oyes esos clarines? Toque de atención.

– ¿Vendrá la comitiva?

– ¡No empuje usted, señora!... ¡Uf, qué calor!

– Me parece que vienen los guardias civiles. Sí, la gente de la carrera se retira. Pero ¡quia! En cuanto pasa la pareja de caballería vuelven á invadir el arroyo.

– ¡Anda, anda! Allí le han dado un sablazo á un caballero.

– ¡Cómo corre la gente!

– Echan los caballos encima de aquellas señoras.

– ¡Qué barbaridad! ¡Qué gritos! Se ha desmayado una señorita.

– ¡Atiza! Aquel señor la emprende á palos con el caballo del cabo. El cabo le da con el sable. ¿Quién es aquel que llega tan decidido? ¿Será el Gobernador?

– ¡Ca! Debe ser uno de la ronda secreta.

– Ya se lo llevan.

– ¡Pobre hombre!

– Pero la gente se va replegando.

– Aquí vienen. ¡Atrás, atrás!... ¡Que estos no se andan con chiquitas!

– No me pise usted, señora.

– Pues hágase usted atrás, caballero.

– ¡Si no puedo!

– Pues haga usted un poder.

– ¿Quiere usted que me embuta en la pared?

– ¡Esos niños! ¡Cuidado!

– ¡Vaya un gusto el de traer niños á estas apreturas!

– ¿Los voy á dejar solos?

– Quédese usted con ellos.

– No me da la gana.

– ¡Calla, Ramona!

– ¡No quiero! Si no trae hijos será porque no los tenga.

– Más que usted. Pero los dejo en la Inclusa para que no molesten al público.

– Cierre usted esa sombrilla.

– Voy á tomar una insolación.

– Va usted á saltarme un ojo.

– Severini los pone de cristal á los animalitos.

– ¡Ay, ay! ¡Qué bestialidad! ¡Qué bofetada me ha pegado! ¿Pero dónde está?

– Sí, échala un galgo; se ha perdido entre la gente.

– Ahora sí que va de veras. ¡Ya están ahí!

– No veo nada.

– Empínese usted. ¿Lo ve usted?

– No, señor.

– Ni yo tampoco.

– Vaya una gracia. ¡Ja, ja, ja!

– ¡Cómo se ha reído de mí el chiquillo!

– ¡Cuánto tardan! ¡Ya debe ser muy tarde!

– ¡Ay, Dios mío, me han quitado el reloj! El reloj y la cadena.

– ¡A ese, á ese!

– ¡Sí, sí; cómo corre! ¡Ca! No le pescan.

– ¡Tirirí!

– ¡Ya vienen, ya vienen! ¿Oyes la marcha real?

– ¡Otra vez el mismo general! ¡Y cómo suda el caballo!

– ¡Claro! ¡Lleva tres horas galopando desde la Cibeles á Palacio!...

– El abanderado no le ha visto; estaba hablando con las chulas.

– ¡Y qué mirada le ha echado el general!

– Ya vuelve.

– ¿Se le habrá olvidado algo?

– ¡Anda! Menuda silba pegan á aquellas dos señoras que atraviesan la calle corriendo.

– ¡Que bailen!

– ¡Fuera!

– ¡Qué azoradas van!

– Esta sí que es buena. Aquel sargento no las deja pasar.

– Dicen que van á aquella casa de enfrente.

– Que no; que no pasan.

– ¿Qué dice?

– Que den la vuelta por detrás de Palacio...

– Vuelven á cruzar.

– ¡Que bailen!

– ¡Fuera, fuera!

– ¿Qué dice aquel señor á voces desde el balcón?

– No le oigo.

– Cómo mueve los brazos.

– Se las está jurando al sargento.

– Dice que va á bajar.

– ¿A que no? ¿A que no?

– ¡Qué tipo!

– ¡Ahora, ahora va lo bueno! Ya están ahí.

– ¡No empujar, no empujar!

– ¡Eh! ¡No me dé usted con la culata!

– ¡Qué mal educados están los militares!

– Mira: abre la marcha un piquete de la guardia civil.

– ¡Cómo me gusta á mí la guardia-civil!

– Ya lo creo.

– Sobre todo cuando la veo en el campo. ¡Cómo anima el tricornio!

– ¿Quiénes son esos tres que van á caballo?

– ¡Uf!

– El de en medio lleva unos serones.

– Son los timbales. Y los otros dos los clarines.

– ¡Clarines, timbales! ¿Pero va á salir el toro?

– ¡Qué bonitas jacas!

– Son los caballos de silla de las reales caballerizas.

– Fíjate. ¡Qué sillas más preciosas!

– Esas seis primeras llevan arreos orientales.

– ¡Aquellas de las sillas descubiertas sí que son bonitas!

– ¡Mira, mira! De terciopelo y oro es el caparazón de aquel caballo flor de romero.

– ¡Qué estampa tan preciosa! Es árabe sin duda.

– ¿Pero me va usted á echar debajo de las patas de los caballos?

– Si es que me empujan.

– ¿Quiénes son esos?

– El picador mayor con dos ayudantes y un domador. Esos jovencitos son alumnos del picadero. Mira los palafreneros carreristas.

– ¡Anda! Ya empiezan los coches.

– ¡Qué bonitos! ¿Quiénes son esos cuatro señores que van dentro de ese *landeau*?

– Los reyes de armas.

– ¡Qué viejos son y qué feos!

– Calla, envidiosa.

– Mira esos que van en esa carretela á la *dumón* con cuatro caballos y libreas á lo Napoleón.

– Son los gentileshombres de casa y boca.

– Puede que sean gentiles, pero lo de la casa y la boca cualquiera lo tiene.

– ¡No me da la gana! Aunque sea usted teniente ni tenienta, mientras no se corran los de atrás.

– ¡Pues está bueno!

– Bien podía usted usar mejores modos.

– ¿Ves?, con la discusión han pasado varios coches y no nos hemos enterado.

– Sí, mujer; son los mayordomos de semana los que van en uno, y en los otros la servidumbre de la infanta.

– El coche de caoba. ¿Ves? Lleva seis caballos blancos empenachados. ¡Qué orgullosos van! Parecen pavos reales. Mueven la cabeza á compás para lucir sus galas.

– Deben ser yeguas...

– ¿Por qué?

– ¡Por lo presumidas!... Dentro van los grandes de España cubiertos... y en ese lo mismo. Todos esos coches son de la servidumbre de Montpensier, del rey Francisco, de la princesa de Asturias... y de los reyes...

– ¡Se marea una!

– Ese lleva correo de órdenes.

– Mira: esos son batidores de la Escolta Real.

– Ahora es la princesa... No .. es la infanta... ¡Pero qué lujo, chica!... ¿Cuánto dinero representa todo ese movimiento? ¡Es incalculable!

– Yo me contentaba con lo que han costado todos los uniformes grandes y chicos que se ven hoy en la calle.

– Yo con el valor de las joyas que lucen las damas.

– Pues yo con el valor de los caballos de la Real Casa.

– Yo con menos. Con que me dé una peseta cada individuo que haya hoy en las calles de Madrid!

– ¡Pues no es nada!

– ¡Quinientas mil pesetas!

– Mucho más.

– Esos son los habitantes de Madrid.

– ¿Pero y los forasteros?

– Váyase por los que no hayan salido á la calle.

– Dos batidores.

– Mira las infantas.

– ¡Qué guapa es la Pilar!

– ¡Ca! A mí me gusta más Eulalia.

– Es más simpática la infanta Paz.

– ¿No hay más opiniones?

– ¡Claro! ¡Como que no hay más infantas!

– ¡La marcha real, la marcha real!

– En ese coche de los dos mundos vienen los reyes. Traen ocho caballos.

– Mira á la Mercedes. ¡Qué guapa es!

– Ya lo creo.

– ¡Ole por las *barbianas!*

– ¡Viva la reina española!

– ¡Vivaaa!

– ¡Viva Alfonso XII!

– ¡Viva, vivaaa!

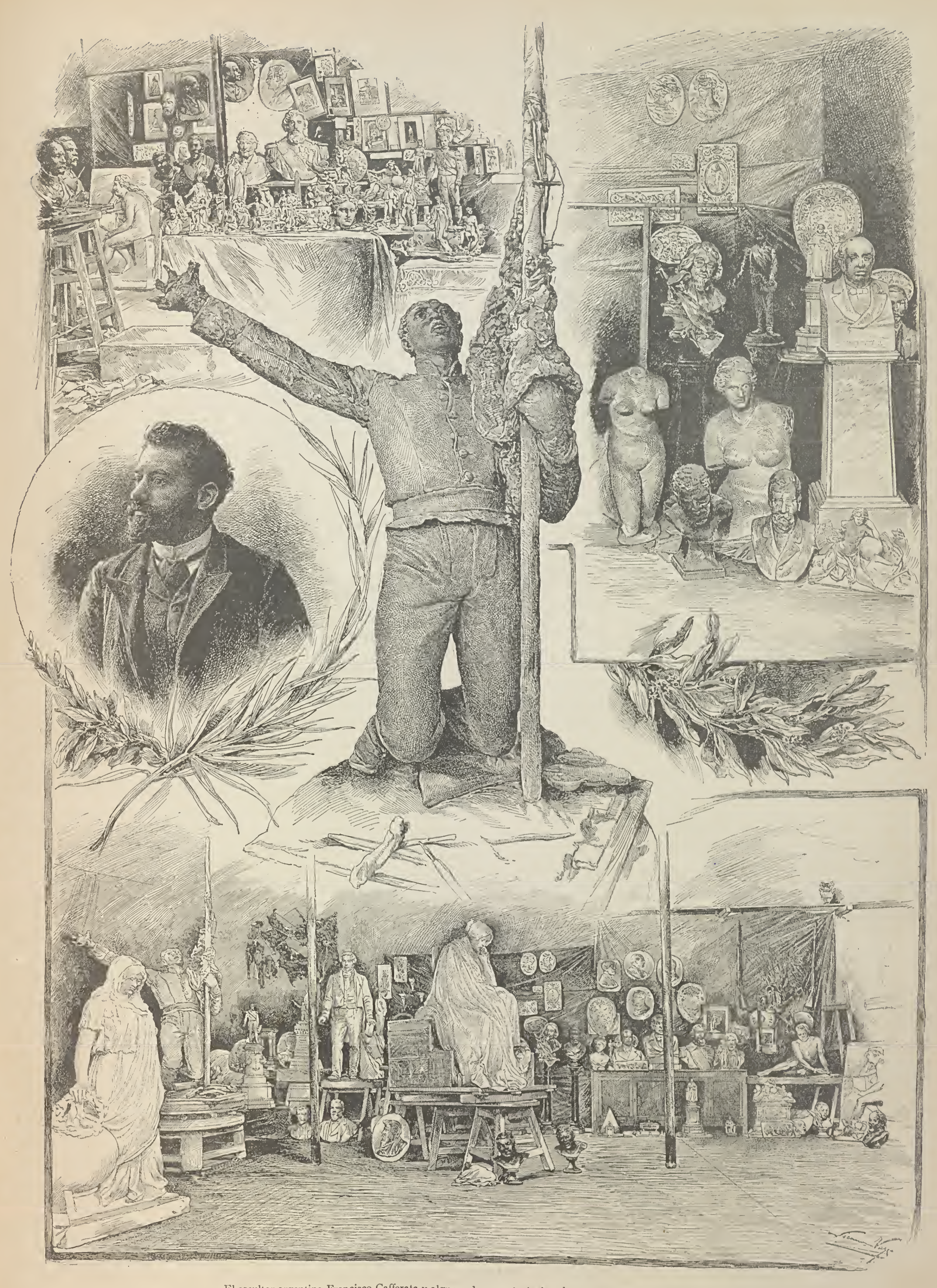
– ¡Señora, menudo pisotón!...

– Usted dispense, pero me he empinado...

– Pues no se vaya V. á la empinada... ¡Me ha deshecho un dedo!

– ¿Quiénes son esos que van á caballo y á los estribos?

– Al derecho el jefe de la escolta y á la izquierda el caballerizo de campo.



El escultor argentino Francisco Cafferata y algunas de sus principales obras, entre ellas la estatua para el monumento que la Municipalidad de Buenos Aires ha de levantar en honor del negro Falucho. En ésta estaba trabajando cuando se suicidó en noviemb
(De fotografías remitidas por D. Arístides Maranga, de Buenos Aires.)

—¿El de detrás es el capitán general de Madrid con la plana mayor?

—No. Son todos los generales juntos.

—Ya está aquí la escolta real.

—¡Cuánto caballo! Ya viene la tropa de caballería.

—¡Corre, corre! Vámonos cortando á la plaza de Oriente.

Y empujando á unos, pisando á otros, atropellando á todos, Carmen y Lola cruzaron la calle Mayor y subieron á escape la calle del Luzón. ¡Qué ajenas estaban de pensar que de aquella subida iba á depender el porvenir de su vida entera!

LUIS M. DE LARRA

(De una novela inédita)

EXCELENTE CÓMICO

I

Allá en el fondo de la provincia, en un barrio extremo de la ciudad, vive ó vegeta, tal vez herido por dolorosos recuerdos ó en vías de arrepentimiento, olvidado de todos y desconocido de los vecinos que le ven salir al obscurecer, sin rumbo fijo, como cualquier pordiosero. Es un hombre que habrá cumplido treinta años, moreno y delgado, de ojos obscuros y vivaces que pueden prestar á su fisonomía la expresión de refinada malicia ó de candoroso afecto; una nariz gruesa y al parecer movible sirve como de acento á esta particular elocuencia de su rostro, sombreado por una gran barba negra. Su voz es recia y carraspeante como la del soldado que vuelve de la campaña atracado de pólvora y de aguardiente, y observándole de cerca creeríase también que su americana rota y su capa mugrienta y descosida acaban de prestarle los últimos servicios.

Llamaba la atención del vecindario la singular vida de este hombre, y se hacían diversos y entretenidos comentos, sobre todo los primeros días en que dejó ver más claramente su pelaje. Estos vecinos, en su mayor parte labriegos, madrugaban para ir á sus faenas, retirándose luego al descanso á la hora precisamente en que el desconocido salía de su tugurio. Había por lo tanto innumerables causas para despertar la curiosidad pública: primera, no tener oficio conocido; segunda, darse á ver sólo de noche; tercera, no tratarse con la gente del barrio; cuarta, habérsele guipado á la salida de una timba bastante desacreditada; y así por el estilo seguían otras muchas, más ó menos verosímiles y por las cuales se le tenía sobre ojo.

Esta soledad extraña en que vivía sufrió una leve variación al mes y medio: cierta mañana le vieron acompañado de otra persona de mejor vestimenta, aunque con el mismo aire de reserva y aun de despego para el vecindario. Su género de vida continuó como antes: salían casi siempre juntos, pero solían retirarse á distintas horas. Después de algún tiempo se supo que este amigote era un jugador de Madrid conocido por *Chinitas*.

—¡Vamos, dijo uno de los que concurrían á la cantina de enfrente, es el compadre que le hacía falta!

Durante dos semanas repararon los vecinos que *Chinitas* salía solo. La curiosidad se despertó de nuevo: ¿qué podría ocurrir? Luego vieron á un médico, y el asunto quedó explicado; el desconocido se hallaba enfermo. Otro de los concurrentes le dió una versión nueva hasta cierto punto:

—Eso debe ser una grandísima borrachera.

Pero la borrachera duraba demasiado y no prosperó tal versión.

En fin, empezaba ya á convalecer cuando la vecindad se vió sorprendida por un nuevo acontecimiento. Una tarde llegaron dos señoras jóvenes á la casa donde moraba el desconocido y preguntaron por D. Fernando Arenillas. Dióles las señas muy despacio la mujer interrogada, siguiéndolas con la vista mientras las jóvenes subían las escaleras, alegres y ligeras como dos pájaros. No eran mal parecidas, según confesó la mujer, en particular la más joven de ellas, á quien el deseo de sorprender al desconocido animaba su rostro con encantadora jovialidad. En este rostro, de diez y siete primaveras á lo sumo, notábanse tres cosas que complacerían al observador más descontentadizo: los dientes, que eran blanquísimos y bonitos, las ojos negros y dulces y las cejas grandes y arqueadas sobre las cuales la morena frente parecía más tersa y más graciosa. Ambas vestían con gusto, si bien sus faldas de medio color no podían ser más sencillas, lo mismo que sus sombreritos de viaje, que tal vez revelaban en su simple labor y adornos la mano práctica y hábil de la portadora. En el momento que llamaban á la puerta acababa nuestro desconocido de levantarse de la cama y vestirse á toda prisa. Creyó que sería *Chinitas* y abrió sin molestarse en preguntar, por lo cual su sorpresa fué muy grande.

—¡Fernando!, gritó la más joven de las viajeras arrojándose en sus brazos.

Luego sacó el pañuelo apresuradamente y se enjugó las lágrimas.

—Pero chiquilla, ¿qué significa esto?... ¿De dónde vienes? ¿Cómo has podido averiguar mi paradero?, preguntó á su vez el desconocido, aproximando dos desvencijadas sillas, las únicas disponibles que había, para que se sentaran las mujeres.

La de más edad no era bonita; pero en sus ojos vivos y pequeños, en sus labios delgados y descoloridos, en el óvalo casi perfecto de su rostro echábase de ver un cierto sello de gravedad y de inteligencia que cautivaba desde el primer momento. Cuando comprendió por su largo silencio el enternecimiento de su compañera, se dirigió á Fernando y le dijo:

—Tiene usted á su hermana muy enojada y con motivo. ¡Volver á España sin avisarle de su llegada! ¡Estar en Madrid y no preguntar siquiera por ella! ¡Recibir carta suya y no dignarse contestar! ¡Esto es atroz, caballero, permítame usted que se lo diga, pero muy atroz! Y la verdad, venimos únicamente para echarle una soberana peluca, una peluca de padre y señor mío... ¿No es eso, Lucía?

—Sí, señor, sí, afirmó la joven algo más tranquila. Su conducta de usted es incomprensible. ¡No corresponder á su hermana con una pequeña muestra de cariño! ¡No haberle puesto ni cuatro líneas después de tres años de separación, diciendo aquí vivo ó aquí muero!...

Al recuerdo de estos tres años de trabajo, de orfandad y de lucha tornó la pobre muchacha á entristecerse é inclinó la adorable cabecita para disimular su emoción. El hermano, que vió esto, se sentó á su lado, y acariciándola y estrechándole las manos le dijo:

—¡Por Dios, Lucía, ten en cuenta mi situación, que era desesperada! Había que ganar el pan de cada día en un país inhospitalario, desconocido para mí; había que apelar á todos los recursos imaginables para poder vivir, y si te contara lo que yo he sufrido... Dios solo sabe lo que trabajé allí para salir adelante, pero la fortuna me ha tratado siempre como la peor de las madrastras. De modo, hermana mía, que fuí más desgraciado que tú por lo que veo: tú has conquistado el cariño de una buena amiga; yo me encuentro más pobre que una rata y más solo que un estercolero que apesta.

—¿Y quién tiene la culpa de eso?..., preguntó la compañera de Lucía. Será meterme en camisa de once varas, pero si le hablo así es por lo que me ha contado su hermana de usted y por lo de la peluca. Usted abandonó sin motivo alguno su carrera; usted no quiso tomar ningún oficio; llenó usted de penas y disgustos la vida de su difunto padre; se escapó usted de su casa con una pícara mujer y se marchó á Buenos Aires sin avisar siquiera á su madre y sin conocer que aquella fea acción y este incomprensible silencio podían agravar su enfermedad y llevarla al sepulcro. Repito, señor D. Fernando, que esto es atroz y que no sé lo que usted merecía... Merecía usted que no le quisiera su hermana tanto como le quiere.

—Eso sí que no, repuso nuestro hombre con viveza, á la vez que empequeñecía su nariz por medio de una contracción natural y ponía en su expresiva mirada levísima sombra de tristeza. Si me quiere es porque sabe lo muchísimo que me acuerdo de ella. ¿Verdad que me perdonas, Lucía mía? Yo me defendí como pude de mi eterna *mala sombra*... Cierto que en algunas ocasiones obré mal; pero obré como un insensato, sin darme cuenta del daño que causaba á mi alrededor. Pero ahora será otra cosa; yo te prometo por la memoria de nuestra madre no separarme de ti, vengarte de las injurias de la orfandad y hacerte tan dichosa que las pasadas desdichas te parezcan un mal sueño que se desvaneció para siempre.

—¡Cuántas noches, después de diez horas de trabajo, en casa de nuestros tíos me acordaba de ti, y me decía temblando de miedo y de frío: si Fernando estuviera á mi lado no pasaría hambre, ni tendría que arrastrarme por los suelos como la última de las criadas, ni sufriría lo que sufro con estos parientes que... pero no, no quiero contarte lo que allí pasé!

—Cuenta, mujer, cuenta, insistió su amiga, para que sepa este caballero lo que vale su hermana y el poco meollo que se necesita para no hacer caso de ella.

—Pues bien: se empeñaron en que tenía vocación de monja y había de entrar como novicia en el convento de las Mercenarias. Ya tú conoces aquella gente devota de Toledo, y es inútil añadir que todos cuantos venían á casa eran de la misma opinión. Fuimos, pues, al convento, me hicieron conocer á la madre priora y á D. Melquiades Romillo, capellán de las monjas, que me sermoneaba todas las noches y á quien yo no podía sufrir por lo mal que le olía la sotana. Así es que me acostaba con la cabeza hecha un bombo y amanecía casi siempre llorando y pensando en la vida monótona del convento y, sobre todo, en aquellas obscuridades siniestras que se veían desde el locutorio. Me faltaban las fuerzas para resistir. Algunas tardes se me presentaba de repente en mi cuarto el tío Tomás, con sus ojazos de loco, y me amenazaba con ponerme en la calle, concluyendo siempre con el mismo estribillo: «¡Desgraciada de ti si no sigues mi consejo! Algún día lo habías de llorar con lágrimas de sangre!» Las palabras dulzonas de su mujer me hacían aún más daño, porque me echaba en cara la comodidad y el desahogo que habíamos disfrutado en nuestra casa. «Eres muy señorita, hija mía, exclamaba á menudo. ¡Ah! Si tu pobre madre no hubiera tenido una cabeza tan destornillada, no pasaría lo que pasa. ¡Jesús, Dios mío, tanto lujo y tantos requilorios para acabar al fin y al cabo por tener que comer patatas!» Al mismo tiempo, cuando me miraba al espejo y me veía tan flaca y tan amarilla y tan fea, me ahogaba la corajina y la rabia que sentía contra todos ellos. Llegó por último una tarde en que creí volverme loca. Había bajado al huerto por verdura;... de pronto me escurrí á la calle, y andando andando me encontré en el puente. Al obscurecer entraba en la estación y vi el tren que iba á partir para Madrid. Me acerqué al despacho, pedí un billete de tercera,... afortunadamente los había y tomé uno. No quiero ponderarte las angustias de mi llegada y lo mucho que sufrí hasta que tropecé con Mercedes, mi amiga de colegio, que tenía un obrador de costura, esta buena amiga, á la que nunca pagaré lo que le debo. De mis tíos no volví á saber ni una palabra, por lo cual he llegado á sospechar que más bien les servía yo de estorbo que de otra cosa.

—De eso hablaremos más adelante, queridita, indicó la llamada Mercedes; bástele á usted saber, señor don Fernando, que trabajamos mucho y ahorramos poquísimo. De estos ahorros insignificantes ha salido nuestro viaje, hecho exclusivamente para sorprenderle en su retiro. Creo que bien podrá usted agradecérnoslo.

—Con el alma y la vida, contestó Fernando volviendo á su hermana. ¡Pobre Lucía mía! También mi historia es muy larga y muy dolorosa;... pero de todos modos, en América me acordaba tanto de ti...

—¡Vaya, ya se conoce!, repuso Mercedes.

—Es usted implacable, señorita. No quisiera que mi hermana fuese de una madera tan áspera como la suya. En cuanto usted me trate y me conozca á fondo me perdonará como Lucía y comprenderá usted que merezco por mi fatal estrella más compasión que vituperio.

—Ojalá me equivoque, señor don Fernando; pero temo que pese más en su cuerpo la carne de pícaro que la de hombre de bien.

—De todo hay en la viña del señor, aunque bien mirado yo no puedo querer á mi hermana más que con el corazón de un hombre bien. De lo demás no hagamos caso, ¿verdad, Lucía?

Continuaron así charlando largo rato hasta convenir por último en que al día siguiente por la noche tomarían el tren correo para tornar los tres juntos á la coronada villa.

La desaparición del desconocido en compañía de las jóvenes causó profunda sorpresa al vecindario.

—¡Vaya, lo que yo digo es que un hombre tan raro no debía tener familia!, afirmó una de las comadres que solían sentarse á murmurar delante de cualquier portalillo á la mansa caída de la tarde. Y su afirmación fué para la memoria del desconocido un verdadero epitafio.

II

Tanto en el viaje como á la llegada mostróse Fernando tan complaciente, tan servicial y tan dispuesto á dejar su vida de aventuras, que la propia Mercedes acabó por creer en la sinceridad de su arrepentimiento. Lucía estaba más contenta que nunca. Su modesto cuarto de la calle de Jesús y María contaba con un dormitorio de sobra destinado á los enseres y ropas de poco uso y allí colocarían á Fernando.

Quedábanles de su familia algunas antiguas relaciones que ambos hermanos trataron de buscar y de visitar por consejo de su amiga. Entre éstas había un deudor insolvente de los tiempos prósperos del padre, que les prometió su influencia ya que no podía cumplir con dinero. Al poco tiempo, un ligero cambio político, la entrada de dos ministros nuevos en el Gobierno, bastó en efecto para que el agradecido deudor hiciera valedera su promesa. Fernando reci-

bió una credencial y fué colocado con dos mil quinientas pesetas en el Ministerio de Fomento. ¡Con qué júbilo salieron á esperar al hermano aquella noche! La vuelta del hijo pródigo no debió festejarse con mayor alegría en la paterna casa. Verdad es que faltaba en su mesa el ternero cebón de que habla el Evangelio; pero en cambio había unos ricos filetes de ternera y una hermosa botella de Valdepeñas, reservada para estas grandes solemnidades.

En cuanto á Mercedes y Lucía, como no faltaba trabajo y eran ya dos maestras ó poco menos en la costura, podían ahorrar algunos realejos todas las semanas, preparándose así para lo porvenir. Si alguna cosa les preocupaba eran las distracciones del hermano, que solía retirarse siempre á la madrugada. Luego, como consecuencia, iba tarde á la oficina y el jefe de su Negociado le regañaba de vez en cuando. Otro día sucedió un percance que les afectó dolorosamente. Conservaba Mercedes en un rinconcito de su cómoda parte de un medio aderezo de oro que había sido el regalo de boda de su madre. Y lo que pasa en estos casos: una mañana que por casualidad ponía en orden estas vejeces y reliquias lo echó de menos. Lucía, que le acompañaba en la faena, tuvo idéntica sorpresa y hasta el mismo temor. Visitábalas de ordinario muy poca gente; las costureras y oficialas que acudían al obrador eran buenas muchachas; de los vecinos no había motivo para sospechar;... de modo que no había más remedio que pensar en alguien de la casa... ¿Sería el autor acaso?... ¡Qué bochorno para Lucía si como temían resultase Fernando el verdadero delincuente! Y no fué corta ni perezosa; á la mañana siguiente lo llamó á su cuarto y se lo espetó en crudo, porque así debía de obrarse, según la opinión de su amiga.



Mascarilla del general Moltke, obtenida por el profesor O. Lessing

—¡Cómo! ¿Seréis capaces de dudar de mí?, preguntó á su vez Fernando, con una santa indignación que se reflejaba en la fulgurante mirada y en el abultamiento de aquella gruesa nariz, cuyas rojas ventanillas parecían echar sangre. De Mercedes esperaba yo la natural sospecha, recriminaciones, acusación impremeditada, porque todavía no me conoce á fondo; ¿pero de ti? ¡nunca! ¿Y eres tú la que me acusas, mi propia hermana, mi Lucía, el único ser en quien he depositado todo mi cariño y toda mi confianza! ¡Oh! ¡Qué desengaños más crueles me reservaba la enemiga suerte! Si yo hubiera podido sospecharlo... En fin, yo... podré ser, hermana mía, un hombre de pasiones, un desdichado loco; nunca un ladrón doméstico, entiéndelo bien.

Después de expresarse de este modo le volvió la espalda y se fué tan compungido que la misma Mercedes, escondida en la alcoba del gabinete, tuvo por sinceros aquellos reprimidos sollozos. Abrazáronse entonces ambas amigas, mudas y pensativas, sin saber qué partido tomar en su infortunio. Al levantarse, algunas horas después, de la mesa, ofrecióse Fernando acompañar á Mercedes á todas las casas conocidas de préstamos sobre alhajas por ver si daban con el inapreciable aderezo. Sus pasos al fin resultaron bien inútiles y sólo el tiempo pudo calmar el dolor de semejante pérdida. Por otra parte, favorecíales la fortuna aumentando el crédito de su obrador y el número de las buenas parroquianas. Las dos amigas habían reunido sus ahorros, que ascendían á unos quince mil reales, reservándolos la primera para su dote, y la segunda, ó sea Mercedes, para abrir una tienda bien puesta en el centro, que era su sueño dorado. De Lucía se había enamorado un muchacho riojano, muy inteligente, que estaba encargado de la caja en una casa de comercio y pensaba en un día no lejano hacerse corredor ó emprender algunos negocios por su cuenta.

III

Así marchaban las cosas cuando una mañana, después del desayuno, supieron que Fernando no había vuelto á casa. A Mercedes le asaltaron tristes presentimientos, pero no quiso comunicárselos á Lucía. La conducta de su hermano no había variado ni un ápice desde los primeros días y bien podían ser infundadas las dudas que la martirizaban. Sentáronse á comer en silencio intranquilas y tristes, esperando el desenlace de tan extraña tardanza. Aquella misma tarde recibieron un volante del jefe de Negociado, que lo llamaba á su despacho. Media hora después se presentó un compañero suyo á reclamar veinticinco duros que hubo de prestarle días antes sin recibo ni papel alguno y fiando en la formalidad de su promesa, de la que nunca dudó. A este buen amigo le aseguraron al salir del Ministerio que Fernando Arenillas no estaba ya en Madrid, y tampoco quiso creerlo. En la misma semana hablaron los periódicos de la desaparición de una actriz francesa muy mediana, que trabajaba en la opereta cómica de la Alhambra, con un

CAMINO DE LAS TRIAS (OLOT), cuadro de D. José Armet. (De fotografía de Juan Martí.)



LAS CORTES DEL AMOR, CUADRO DE D. FRANCISCO PRADILLA

empleadillo de Fomento. Las señas eran mortales, y sin embargo, aún dudaba de la verdad del hecho el acreedor de los veinticinco pesos.

Ocho días después de esta escapatoria tuvo Lucía carta de su hermano, una carta larga, minuciosa, patética, elocuente, que concluía de este modo: «Desengáñate, queridísima hermana, en este mundo no hay mal que por bien no venga; es esta la última locura, de la cual estoy bien arrepentido, pero algo he aprendido por ella. Dentro de quince ó veinte días volveré á tu lado, y así debes manifestarlo á nuestra querida Mercedes. Quiero sincerarme de esta gran falta, deseo ardientemente que me impongáis el correctivo que merezca, pues por grande que fuere yo lo aceptaré con gusto de vuestra mano. ¡Te pareceré tan despreciable y tan olvidadizo! Pero tú me verás, tú me oirás, tú comprenderás que no lo soy tanto como parezco. ¡Lucía mía, no me aborrezcas antes de verme; te lo suplico por la santa memoria de nuestra madre! En el ínterin, arreglad vuestros negocios y disponeos á venir conmigo á París. Aquí está vuestro porvenir. Yo os aseguro que al cabo de cinco años de trabajo os podréis retirar ricas, tan ricas como nunca lo habréis soñado en esos tristes *Madriles*. París es la verdadera América de las modistas. Vestiréis á las duquesas y os casaréis con un banquero. La chinela de una mujer bonita no tiene aquí precio, y más que en parte alguna del mundo hallaréis ocasión de tropezar con vuestra fortuna debajo de la cifra de un pañuelo blanco, primorosamente bordado, que hayáis dejado caer á los pies de un príncipe ruso. Y no digo más. Ya sabes cuánto te quiere tu mejor hermano – *Fernando*.

Al acabar la lectura de la carta, habíase quedado Lucía pensativa y como encantada ante aquellos horizontes desconocidos que le mostraba su hermano desde lejos. Mercedes meditaba: ¿era sincero aquel grito de un corazón arrepentido? ¿Eran creíbles aquellas protestas tan cariñosas, aquella nueva promesa de volver al buen camino y aquel vivo deseo de su felicidad?

Transcurridos quince días y no teniendo noticias de su venida, decidió Mercedes tomar una tienda vacante al final de la calle de Preciados. La casa era de las nuevas y la proposición del dueño aceptable. Lucía opinaba lo mismo. Una noche, antes de acostarse, buscaron en el doble cajoncito de la cómoda los quince mil reales de sus ahorros, porque al día siguiente habían quedado en firmar el contrato. Este doble cajoncito era un secreto; abriéronlo y ambas amigas se miraron como estupefactas: no estaba el dinero. En el mismo instante Lucía se puso blanca como la que acaba de morirse y cayó desvanecida en brazos de Mercedes. Idéntica sospecha había herido como un rayo la imaginación de las dos infelices: sólo Fernando conocía el secreto de la cómoda. Los esfuerzos de su laboriosidad, sus cinco años de trabajo, la esperanza de la dote, su porvenir asegurado, todo había desaparecido en las manos del burlador infame.

– ¿Pero es esto posible, Virgen santa?... – preguntaba Lucía con un acento de dolor indescriptible.

Mercedes no lloraba como su apenada amiga: sentía únicamente haber sido engañada lo mismo que los imbéciles y se vengaba con esta gran frase:

– ¡Oh! Tu hermano... tu hermano erró la vocación: hubiera hecho un cómico inmejorable, ¡un excelente cómico!

JOSÉ M. MATHEU

NUESTROS GRABADOS

Un mártir, escultura de D. Agustín Querol. – Que la escultura en nuestros días ha emprendido derroteros distintos de los hasta ahora seguidos, cosa es que en distintas ocasiones hemos repetido y que á la vista salta á cada nueva obra, salida del cincel de algunos de los más ilustres escultores contemporáneos. Los artistas españoles no han sido los últimos en aceptar esas tendencias nuevas y en afiliarse á la nueva escuela, y los nombres de Querol, Benlliure, Sussillo, Alcoverro y algunos más que citar podríamos son de ello elocuente prueba.

El sentimiento artístico de los modernos escultores, no se satisface ya simplemente con arrancar de la materia aquellas corrección de formas y pureza de líneas que aun hoy nos suspenden y admiran cuando contemplamos las obras de los antiguos clásicos y de los estatuarios del Renacimiento, sino que al par que atienden con cuidadoso esmero á la belleza externa preocúpanse en infundir en el cuerpo y en el rostro que modelan un alma en el estado que el artista quiere expresar y ver reproducido en su creación. De esta suerte la escultura ha dado un paso de gigante, y las obras por ella producidas, no sólo hablan á los sentidos, sino que impresionan el ánimo, haciendo muchas veces que el efecto en éste causado por el elemento inmaterial que se siente flotar en un mármol, en un barro ó en un bronce, se sobreponga al del elemento corpóreo que de aquél recibe expresión y vida.

Tal acontece con *Un mártir*, obra tan valientemente concebida como vigorosamente modelada de nuestro célebre compatriota D. Agustín Querol. Este busto nos trae á la memoria las obras del famoso escultor francés Rodin, de quien ha dicho uno de los más eximios críticos de Francia, Octavio Mirbeau, que «no sólo habrá sido el más grande estatuario de su tiempo, sino también uno de los pensadores mejor iniciados en los secretos del alma humana y en los misterios de la vida.» El autor de *San Juan Bautista predicando*, de la *Edad de bronce* y de *Los ciudadanos de Calais* no vacilaría, sin duda, en poner su firma en esa nueva obra del autor de *Tulia* y de *Sagunto*.

***

Un barrendero (París), cuadro de D. Ignacio Zuloaga (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – El apellido Zuloaga significa para los españoles un verdadero timbre artístico, ya que las notabilísimas obras de D. Plácido, esos admirables damasquinados, esas bellísimas piezas de hierro con delicadas incrustaciones de oro y plata son conocidas, no sólo en la península, sí que también en el extranjero, por todos los amantes de las manifestaciones artísticas. Hijo de este distinguido artífice es el joven pintor eibarrés, cuyo cuadro reproducimos.

Dedicado en sus primeros años á los trabajos de ornamentación, adquirió ya cierto gusto y conocimientos artísticos que después hanle servido de provechosa enseñanza.

Atraído por el equivocado concepto que algunos artistas tienen de la Ciudad Eterna, abandonó el hogar paterno para establecerse en Roma, de donde salió á los pocos meses convencido de su error, y desterrando de su paleta los tonos bituminosos y los ocres antipáticos, para fijar su residencia en la capital de la vecina República. Allí, saturado su espíritu del modernismo, hase convertido en decidido é inteligente campeón de la escuela naturalista, pero en su justo y verdadero concepto; habiendo logrado ya algunos triunfos, conforme lo acreditan los premios alcanzados en las Exposiciones de Madrid, Munich y Londres, y especialmente en la de París, en la que mereció recompensa el cuadro titulado *Dans la forge*.

El *barrendero*, que figura en nuestro certamen, es un buen estudio de esos tipos que tanto se prestan á la observación en los *trottoirs* parisienses, que revela cualidades recomendables en su autor, y especialmente un espíritu asimilador, que dentro del género que cultiva llegará á servirle de poderoso factor para producir alguna obra de verdadero aliento.

***

En la fuente, cuadro de Ernesto Creci (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Es Ernesto Creci uno de los artistas austriacos más discretos y uno de los pintores extranjeros que han demostrado sus simpatías por España, remitiendo alguna de sus obras á la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Dedicado al estudio de la pintura desde temprana edad, ha llegado á adquirir justa reputación por el sello de verdad que imprime en todas sus obras, simples en los asuntos, pero bellas por el colorido. Atento observador de cuanto le rodea, hase limitado á reproducir los cuadros, escenas y costumbres que se presentan á su vista, resultando de ahí que es un digno representante de la pintura de género en el moderno concepto artístico. Prueba de ello, así como de sus cualidades, son los cuadros titulados *Andata e ritorno*, *Ancora un passo*, *Mercato*, *In lettura* y el que figura en nuestra Exposición, premiados respectivamente en las de Trieste, Budapest, Dresde, Viena y Praga.

En la fuente es un bonito cuadro de caballete que reproduce un rincón de Trieste, la ciudad nativa del Sr. Creci, en el que á pesar de su simplicidad ha dejado impresa el artista la simpática tonalidad de su paleta.

***

El escultor argentino Francisco Cafferata y algunas de sus principales obras. – Hace poco más de medio año, un triste suceso vino á llenar de duelo á los aficionados á las bellas artes y en general á toda la sociedad de Buenos Aires: el suicidio del célebre y agasajado escultor argentino Francisco Cafferata que, muy joven todavía, pues sólo contaba 29 años, habíase conquistado envidiable renombre.

Desde muy niño mostró Cafferata excepcionales aptitudes y afición desmedida al dibujo y á la escultura, y en el colegio en donde hizo sus primeros estudios, más que de las explicaciones del profesor de griego ó de latín, ocupábase en borrajear con su lápiz cuantos papeles ó libros á mano tenía y en trazar con dos ó tres rasgos ingenuos, pero gráficos, la caricatura del maestro ó de algún condiscípulo.

En 1877 marchó á Florencia, desde allí pasó á Roma, y recorrió luego Turín, Venecia, Milán, Nápoles y Bolonia, es decir, las ciudades artísticas por excelencia.

Regresó en 1886 á su patria; querido por todos y por todos admirado, halló cubierto de flores el camino de la vida que su mano, movida por impulsos desconocidos, había de regar, tempranamente y cuando todo le sonreía, con su propia sangre.

Tarea difícil y larga sería reproducir la lista de las obras producidas por el cincel de Cafferata. Mármoles, barros, *terracottas*, bustos, estatuas, monumentos, retratos, alegorías, copias de los más celebrados ejemplares de la estatuaria antigua, de todo y en número prodigioso produjo el famoso escultor argentino durante su breve existencia. Entre sus principales esculturas citaremos, sin embargo, los bustos de su padre y de los generales Mitre y Sarmiento y de Espronceda, las estatuas del general Lavalle, de Moreno y de Rivadavia, de Fausto, de Mefistófeles y del soldado argentino, el grupo alegórico para la *Tribuna Nacional*, un busto de D. Quijote, y las figuras que coronan los monumentos de Colombres, del almirante Brown, de Mariano Moreno y de Agrelo, y la del negro Falucho, el héroe de la independencia, que sirvió á las órdenes del general San Martino. En esta última, en la que estaba trabajando la mañana en que se suicidó, han quedado sin terminar la mano y la bandera, según puede verse en nuestra reproducción.

La mayor parte de las esculturas citadas aparecen reproducidas en nuestro grabado, composición y dibujo que nuestro distinguido colaborador D. Nicanor Vázquez ha hecho con presencia de fotografías remitidas desde Buenos Aires por don Arístides Maranga.

Para terminar estos breves apuntes, copiaremos el párrafo que en su artículo necrológico dedica *El Nacional* de Buenos Aires á estudiar la personalidad artística de Cafferata:

«Era un temperamento de artista. Lo dejaban entrever sus inclinaciones naturales, sus gustos, sus modales, hasta su manera de vestir, caprichosa y elegante, con ese descuido peculiar, no estudiado ni aprendido, propio de las naturalezas soñadoras, que se preocupan más del ideal que persiguen, que de las cosas terrenas. Amaba el arte por el arte. Para él, éste no era un medio, sino un fin. Buscaba por mil sendas distintas la perfección. Era un apasionado de la belleza eterna, según la definición de Goethe, un convencido que tenía fe en sus fuerzas, que conocía la estética y las reglas que la constituyen y poseía un cincel especial, un ojo penetrante y analítico, para descubrir los más ocultos secretos, y la intuición audaz, que llega donde la vista no alcanza.»

***

Mascarilla del mariscal Moltke, obtenida por el profesor O. Lessing. – No hemos de hablar de la personalidad del mariscal, de quien no hace mucho nos ocupamos extensamente y cuya muerte han lamentado y lamentan cuantos sienten admiración por esas grandes figuras de la historia que compendian, por decirlo así, toda una época. El último tributo que á la memoria de Moltke puede rendir LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es reproducir la mascarilla que de su rostro, á poco de fallecer, sacó el profesor alemán O. Lessing.

***

Camino de las Trías (Olot), cuadro de D. José Armet (de fotografía de D. J. Martí). – El Sr. Armet es uno de los distinguidos y entusiastas pintores que formaron la avanzada del renacimiento del arte español. Dotado de excelentes aptitudes como paisista, dedicóse á reproducir la naturaleza, copiando especialmente los bellísimos paisajes de nuestra tierra, que por sus contrastes, sus brillantes tonos ó su severa grandiosidad, ofrecíanle vasto campo en que poder manifestar la valentía, vigor, riqueza y exactitud de su ejecución.

Considerable es el número de cuadros que ha producido, notándose en todos ellos el resultado de sus observaciones y la fiel reproducción de la naturaleza, embellecida siempre con la grandiosidad de sus severas formas y la multiplicidad de sus tonos. Sin separarse del género que siempre ha cultivado, no ha permanecido estacionario, puesto que ha ido modificando su estilo de tal manera, que siendo del mismo carácter el cuadro que hoy reproducimos se separa de los anteriores. Este, recuerdo de su estancia veraniega en Olot, recomiéndase por su franca ejecución y por la pureza del color que produce contrastes que sorprenden y cautivan, tales como los bien entendidos reflejos de los árboles en el agua y la enmarañada red de ramas y hojas de la arboleda, que muy pocos logran interpretar con tanta galanura y fidelidad como Armet.

***

Cortes de amor, cuadro de D. Francisco Pradilla. – Para todos los artistas enamorados del color y de las bellezas que nuestra historia atesora, grandes atractivos ofrecen los siglos XIV y XV, así por los hechos que durante ellos ocurrieron, como por las figuras que sobresalieron en aquel período y por la indumentaria de aquel entonces, que tanto y tan bien se prestan á concepciones grandiosas y á notas brillantes. Don Francisco Pradilla ha sabido como pocos explotar ese venero de riqueza artística, y estudiando concienzudamente los acontecimientos, costumbres, lugares, personajes, trajes y armas de aquella época ha encontrado en ellos motivos de inspiración para sus composiciones que su pincel privilegiado avalora con las tintas más bellas y los más sorprendentes efectos. Díganlo si no *La rendicion de Granada* y *Doña Juana la Loca*, entre otros, y dígalo también el que hoy publicamos y que representa la corte de D. Juan II de Castilla, presenciando una de aquellas fiestas literarias á que tan aficionados se mostraron en la Edad media los príncipes castellanos y aragoneses.

En *Cortes de amor* se advierten, sin necesidad de profundizar mucho, todas las relevantes cualidades que tantas veces hemos ensalzado en el Sr. Pradilla y que unánimemente le han reconocido críticos y aficionados: conocimiento del asunto, disposición magistral de los elementos componentes del cuadro, corrección en el dibujo, firmeza en la pincelada, y sobre todo vigor y frescura en el colorido, que contrastan con la pobreza de matices y con el convencionalismo de ciertos artistas olvidadizos de las gloriosas tradiciones que la pintura tiene en nuestra patria.

***

Una bacanal, bajo relieve de D. Venancio Vallmitjana. – En distintas ocasiones nos hemos ocupado en las obras de este distinguido artista, y nos hemos complacido en rendirle un tributo de admiración por su vigoroso ingenio y por su maestría, por cuyo motivo nos limitaremos á consignar que, á pesar de los años de constante labor, no decaen las cualidades que posee, acrecentándose, si cabe, á medida que la nieve de los años blanquea su cabeza. Reciente está su último triunfo en la Exposición de Bellas Artes de Madrid, por su bien concebida obra *La tradición*, en la que se revela el esfuerzo de su potente genialidad.

En su taller hemos tenido ocasión de admirar, entre otras varias producciones, un precioso grupo representando la *Caridad*, otro de S. M. la Reina y su augusto hijo, algunos bocetos en los que el maestro modela sus impresiones y fantasías, y por último, el notabilísimo bajo relieve que reproducimos, una de sus mejores composiciones, que parece arrancada de los muros de alguna morada de un patricio romano, si bien embellecida por el concepto moderno.



¡Y si vuelvo á encontraros con esa tunanta, ya sabréis quién soy yo!

EL PADRE DANIEL

POR EDUARDO ROD. - ILUSTRACIONES DE VOGEL

Hace algunos años pasé mis vacaciones en un pueblecillo de Saboya: imaginaos en el fondo de uno de esos valles alpestres que se forman entre dos montañas á lo largo de un torrente unas cincuenta casas agrupadas alrededor de una iglesia y de un mesón y separadas unas de otras por varios jardinillos muy alegres y floridos, llenos de esas antiguas plantas que todos conocemos, es decir, de rosales, malvas rosas, tornasoles y balsaminas. Las pendientes cubiertas de hierba prolónganse por un lado hasta el arroyo que corre formando cascadas por entre espesuras de ulmarias, y por el otro elévanse hasta los pinabetes y las canteras que conducen á la montaña. Ese paisaje no es nada austero ni triste; cubierto de verdura, sus matices contrastan con el purísimo azul del cielo, y por poco que el sol le ilumine presenta un conjunto seductor. Hallándome solo y siendo desconocido en el pueblo, visitaba á diversas personas de la localidad, gente sencilla, sin astucia, hospitalaria, algo primitiva aún y muy honrada, aunque todos tenían un poco de contrabandistas y eran escépticos, sin que por esto dejaran de asistir asiduamente á la iglesia para oir los sermones de su párroco.

Este sacerdote era un hombre singular, especie de gigante de seis pies de estatura, de rudo aspecto, tez morena, facciones toscas, como esculpidas en madera vieja por un artista torpe, enormes manos de campesino y una viveza arrebatada que sus sesenta años no habían debilitado aún. «Es un buen hombre,» decía la gente; y en efecto, el cura jugaba á los bolos con sus feligreses y no rehusaba beber una copa cuando se la ofrecían. Careciendo en absoluto de unción eclesiástica, oíasele gritar mucho cuando anatematizaba los vicios; y ultramontano de antiguos principios, era el último saboyano que echaba de menos á Italia. Sobre este punto trababa frecuentes disputas, y más de una vez se quitó la sotana para darse de puñetazos con algún carretero republicano.

En un principio, el buen cura me miraba de reojo, creyéndome calvinista; pero cierto domingo, después de un sermón á que yo asistí, sermón dirigido contra los herejes y sobre los espantosos suplicios que se les reservan, tuvimos una explicación. Entonces le hice comprender que, nacido calvinista, había renunciado hacía largo tiempo á toda creencia positiva; pero que la religión romana me inspiraba gran respeto y viva simpatía. Desde aquel instante el cura no desconfió ya de mí y acabé por captarme la buena voluntad del santo varón, acudiendo nuevamente al templo á escuchar otros sermones. A decir verdad, no me desagradaba la ruda elocuencia montañesa del cura, en la que los vigorosos puñetazos servían para subrayar las palabras pintorescas, y los períodos mal combinados rebosaban energía, por más que aquel hombre honrado y tosco maltratase la retórica. Muy pronto se nos vió recorrer juntos los senderos y pescar truchas cual dos amigos inseparables.

«¿Cómo ha hecho usted para domesticar á nuestro cura?» preguntábame la gente á menudo.

Cierto día paseábamos por las inmediaciones de un caserío que, situado á diez minutos del pueblo, forma todavía parte de la parroquia. El cura se dirigía hacia allí poco á poco para consolar con sus palabras á un viejo paralítico, que seguramente no le oiría, y yo iba á separarme ya de mi acompañante, no agradándome el espectáculo de las miserias que no pueden aliviarse, cuando al doblar un recodo del sendero tuvimos un encuentro inesperado. Era una joven parisiense, muy linda y elegante por cierto, á pesar del color chillón de su cabello teñido, de su traje exagerado y de su sombrilla roja. Rodeábanla cuatro ó cinco jóvenes campesinas, á juzgar por sus zuecos y delantales, y el pequeño grupo hablaba y reía con extremada animación. Me volví hacia el cura para que me explicase aquella extraña mezcla de montañesas y cortesana; pero noté que estaba muy pálido y que sus labios temblaban; de pronto vile apretar los puños, y mirando á la extranjera, que le contemplaba con tranquilo descaro, exclamó:

«¡Y se ha atrevido á volver esa perdida, se ha atrevido á volver!...»

Y me explicó en dos palabras sinónimas y algo crudas quién era aquella joven. Después, plantóse delante del grupo, y dijo con tono imperioso:

—¡Volved á casa al punto!... ¿No te avergüenzas, Josefita, tú que debes casarte muy pronto, de hablar con una mujer como esa?... ¿Y tú, Susana, tan buena y virtuosa?... ¿Y tú, Elisa, que tienes á tu madre enferma?... ¡Vamos, largo de aquí!... ¡Y si vuelvo á encontraros con esa tunanta, ya sabréis quién soy yo!...

Hubo un momento de vacilación; después, las jóvenes cambiaron algunas miradas entre sí, y muy confusas volvieron al fin la espalda y retiráronse poco á poco, dejando á la joven frente á frente con el cura. La forastera no había bajado los ojos, ni en sus facciones se notaba alteración alguna; tranquila é indiferente, arrostraba la cólera del sacerdote, que exasperado y rojo de indignación, levantaba la mano como para subrayar con el ademán las palabras que no acudían á su boca; pero al fin prorrumpió en una carcajada.

—Por mucho que haga usted, señor cura, dijo, no me aburriré aquí este verano... como tampoco me aburrí el último... ¡Descuide usted!...

Y pronunciadas estas palabras, prosiguió su marcha, fijando en mí una mirada de curiosidad.

Aquella breve escena, tan rápida y animada, que así venía á turbar la paz habitual del valle, me dejó en extremo sorprendido. En cuanto al cura, agitado y tembloroso, tenía la frente y las mejillas inundadas de sudor, y enjugándoselo con el dorso de la manga, díjome al fin:

—¡Ha visto usted qué bribona!... ¡Si usted supiera!... ¡Es una enviada del diablo, y merecía ser devorada por los perros como la reina Jezabel!... ¡Atreverse á volver... después de lo que ha hecho!... ¡Ah, réproba!... ¡Por fuerza lleva en el cuerpo todos los demonios!... ¿Ha notado usted cómo se revela el vicio en sus ojos?...

—A fe mía, señor cura, contesté, no he visto más que una joven muy linda, y...

—¡Cállese usted! No es ahora el momento más oportuno para echarla de libre pensador... Voy á referirle á usted su historia del año pasado... y le aseguro que solamente al recordar los detalles se me remueven las entrañas... Si después de lo que voy á decirle le es posible verla sin experimentar horror, creeré que no vale usted más que ella...

Y el cura me cogió del brazo, desvióse del camino y me condujo hacia los campos, aplastando sin escrúpulo el trébol y la florida alfalfa. Muy pronto llegamos á un bosquecillo de pinabetes, tan silencioso que parecía hallarse á mil leguas de todo movimiento humano; el cura eligió una piedra cubierta de musgo, sentóse, me invitó á imitarle, y después de una pausa dió principio al relato siguiente:

«El verano último hizo algunos meses que yo tenía por vicario á un sacerdote llamado el padre Daniel; era muy joven, de veintidós ó ventitrés años, alto, pálido, delgado y rubio, con unas manos y unos modales propios de señorita. Estaba dotado de gran

instrucción,... demasiado quizás, pues á veces hablaba de cosas que nada tienen que ver con la salud del alma; mas por fortuna, su ciencia no le impedía ser piadoso... ¡Cómo hablaba!... ¡Era preciso oirle!... Sus frases bien redondeadas parecían notas musicales, demasiado dulces para los patanes que las oían. ¡Y qué voz!... Una voz de ángel... También cantaba, y tocaba el órgano bastante bien. ¿Por qué casualidad había venido á encallar en nuestras montañas? Jamás lo supe, pues nunca hablaba de sí mismo y yo no me hubiera atrevido á preguntarle la menor cosa... Lo cierto es que no pertenecía á la misma clase que nosotros, ni nos asemejábamos á él en nada. Sin duda había nacido para vivir en lujosas habitaciones, en un palacio de obispo y no en un curato de pueblo...

»Todo esto no le impedía cumplir con su deber como el primero... Apenas llegado, preguntóme acerca de las necesidades de la parroquia, de los enfermos y pobres; y sin perder tiempo comenzó á recorrer el país, visitando las más míseras cabañas, y eso que no es la limpieza lo que más abunda entre nosotros, sobre todo en esos chiribitiles atestados de chiquillos... Sin embargo, nada le arredraba, ni la suciedad ni los miasmas infectos,... y cuando se declaró la viruela en la familia de los Sondas, esa buena gente que habita en la última casa del pueblo, él fué quien los curó á todos, como un médico, como una hermana de la Caridad, sin querer escuchar las advertencias que se le hacían, sin adoptar la menor precaución;... y jamás le oí proferir una queja. Tal vez crea usted que aquellos por quienes se desvelaba se lo agradecían,... quizá piense que muy pronto se le consideró como un santo en el país y que los andrajosos le besaban la sotana... ¡Ya ya!... ¡Usted no conoce nuestros campesinos!... En el fondo no son malos, si se quiere, mas pertenecen á una raza de incrédulos; desconfían de nosotros, y no nos toleran sino á condición de que seamos como ellos y que en caso necesario... (el cura completó su pensamiento descargando un puñetazo en el vacío). Aquel joven sacerdote, de aspecto débil, que les hablaba como un libro y cuyas blancas manos se movían con ademanes tan delicados, sabía mantener á todos á cierta distancia, sin quererlo quizás, hasta cuando les prodigaba sus cuidados... Forzozo es decir también... (el cura pareció vacilar un instante, y después prosiguió con expresión de franqueza). Ya sabe usted que los eclesiásticos somos ante todo hombres, y que los hay buenos y malos. Ahora bien: antes del padre Daniel tuvimos aquí un sacerdote indigno, que había hecho mucho mal en el puelbo, y cuyos escándalos no fueron conocidos hasta después de su marcha... El regente, que es volteriano, habíase aprovechado de ello para predicar sus malas ideas; y á consecuencia de esto, cuando se hablaba del joven vicario, la gente decía: «Con su aire de gran señor, ese hombre no valdrá tal vez más que el otro.» Por eso se comenzó por aborrecerle; cuando decía misa, burlábanse de él;... las muchachas le dirigían preguntas incongruentes, y los chiquillos que estudiaban la doctrina le hacían muecas. A veces se le demudaba el rostro, y entonces permitíame darle consejos. «Ríñalos usted mucho, le decía; recuérdeles que se condenarán, y cuando convenga no deje de aplicarles un correctivo.» Pero al oir esto sonreía tristemente y contestaba: «No puedo hacerlo.»

»No se imagine usted, sin embargo, prosiguió el cura, que hubiese nada grave en esas primeras dificultades; era la hostilidad natural entre seres de especies distintas y nada más, pues el padre Daniel no tenía positivamente enemigo alguno. Nadie le quería mal; y hasta creo que había un poco de candidez en las jugarretas que le hacían; queríasele demostrar que los demás eran tan ladinos como él, y á esto se reducía todo. Por otra parte, yo, que no le profesaba el menor rencor por la superioridad que sobre mí tenía, apoyábale cuanto me era posible, y él se utilizaba de la autoridad que no me costó mucho adquirir sobre estos semisalvajes, porque soy de la misma raza que ellos... Pero desgraciadamente, poco después de Pascua caí enfermo; de modo que el padre Daniel se encontró al frente de la parroquia... En mala hora había llegado el reumatismo que me aquejaba, y desde luego pensé que la cosa no marcharía ya bien, tanto menos, cuanto que teníamos algunas dificultades pendientes... ¿Conoce usted á los Gronlard?... Sí, de fijo los conoce usted. El padre Gronlard es aquel hombre gordo, entrecano, tan astuto para pescar truchas,...el dueño de todos los prados que hay más arriba del pueblo, á la izquierda, al subir... ¡Cáspita! Es un ricachón y amigo íntimo del regente... En cuanto á su maldita familia, si algún domingo encuentra usted una partida de borrachos, cuente por seguro que en ella se hallan sus hijos... Por lo que hace á sus hijas,... ya le hablaré de ellas... Toda esa gente es pagana,... todos ellos peores que los mahometanos en punto á religión; y á pesar de esto, quieren celebrar la Pascua como los buenos... Porque son ricos creen que todo lo pueden... «¡Tenga usted cuidado con esa gente, había dicho yo al padre Daniel, pues de lo contrario le darán algún disgusto.»

»Y así fué.

»Poco tiempo antes de caer enfermo, había yo creído conveniente anunciar que las jóvenes que bailaran al estilo del día no serían admitidas á la comunión de la Pascua... No me agradan esas diversiones, porque desmoralizan la juventud, demasiado aficionada ya de suyo á los placeres prohibidos. El día de la fiesta me detengo delante del mesón, dirijo una mirada á la sala de beber, y,.. ¿qué veo?... Margarita, la hija mayor de los Gronlard, bailando como una loca con todos los malas cabezas del pueblo, con los carreteros y los soldados. Estaba encarnada como una amapola, y seguramente había bebido hasta la saciedad jarabe, sidra y cerveza. La llamo al punto y le digo:

–»¿Sabes bien lo que te espera?

»Creo que si hubiera estado sola habría tenido miedo; pero hallábase allí su hermano segundo, Santiago, el peor de todos, y en aquel momento, completamente borracho, el cual me dijo:

–»¡Ya lo veremos, señor cura; mas por lo pronto no se cuide usted de lo que no le importa!

»Por fortuna teníale cerca de mí, y recibió un puñetazo de mano maestra, lo que me dispensó de contestarle... Crea usted que es el único argumento con que se acaba siempre por tener razón...

»De vuelta al curato, referí el caso al padre Daniel, y hasta tuvimos una ligera discusión; parecióle que yo era demasiado severo, y díjome que era preciso dejar á los jóvenes divertirse un poco, porque no se ofende á Dios con esto... Aquel hombre era demasiado bueno para creer en el mal, y jamás he visto mayor indulgencia unida á tanta santidad. Esto no impidió que me dejara en buen lugar, y al acercarse la Pascua, hallándome yo aún en el lecho del dolor, cuando la Margarita se presentó para confesarse díjole que no se la admitiría á la comunión... La cuestión fué seria, y el padre Daniel hubo de sufrir los ataques de todos los Gronlard: en primer lugar la madre, muy melosa, haciéndose de azúcar y miel, afligida, al parecer, y con lágrimas en los ojos; pero tan marcadamente hipócrita, que á pesar de su candidez, el vicario no se dejó engañar. Después presentóse el padre, que con sus miradas furiosas y sus ademanes de payaso trató de intimidarle, hablando de su influencia con el prefecto, y por último llegaron los tres hijos, armados de palos y látigos... Yo creo que estos ganapanes se proponían realmente pegar al sacerdote; pero no se atrevieron, pues á pesar de su debilidad, imponía á todos con su aspecto tranquilo y su mirada profunda... Si me hubiese pedido parecer, le habría aconsejado que cediera desde luego. De vez en cuando, yo puedo hacer uso de toda mi autoridad, yo, á quien conocen desde hace treinta años, que he echado algunas copitas con los padres de los jóvenes de hoy y que tengo puños para hacerme respetar; pero tratándose del joven vicario recién venido y tan diferente de los demás, la cosa varía de aspecto. Por desgracia el buen Daniel no me habló del asunto sino cuando ya era demasiado tarde para retroceder, y cuando todo el pueblo estaba revuelto... Solamente los pobres le defendían un poco; pero ¿quién escucha á los pobres? En contra de ellos estaban los gordos, los poderosos, que se agitaban como demonios; mientras que el regente, un canalla de radical, que presta malos libros á todo el mundo, peroraba en la taberna, proponiendo que se firmara una petición. Si el proyecto no se llevó á cabo, no fué por culpa de ese hombre, créalo usted; fué porque los montañeses se distinguen siempre por su prudencia y temen comprometerse... El padre Gronlard marchó á Chambery armando gran bulla y jurando que pronto se sabría quiénes eran él y su amigo el prefecto; pero aunque no era republicano, parece que el padre Daniel tenía también grandes protectores... de esos en quienes se puede confiar bajo todos los gobiernos. Gronlard volvió con las orejas gachas, y esto no sirvió sino para que sus partidarios se encolerizasen más, comenzando desde entonces una guerra sorda, en la cual se aprovechaban todas las ocasiones para hostigar al enemigo con un alfilerazo...

»No acabaría nunca si quisiera referir á usted todo cuanto imaginaron para atormentar al pobre Daniel; eran pequeñeces, pero en extremo enojosas; y como nuestro partido, que no es numeroso, trataba de sostenerle, la cuestión se envenenaba. Disputábanse unos con otros en el mesón, y todos venían á las manos los domingos; de modo que el pobre sacerdote, tan dulce y tan bueno, llegó á ser como una manzana de la discordia y comenzó á inspirar odio.

»Poco á poco, la oposición, sorda en un principio, hízose ruidosa, y el pueblo trató al sacerdote como una escuela que se insubordina contra un maestro malo. Se le escarneció por la menor cosa, enviáronle pescados podridos, paquetes vacíos; colocáronse petardos en los sitios por donde debía pasar y hasta osaron poner algunos en la iglesia... Cierto día ocurrióseles llevar al púlpito una culebra de grandes dimensiones, dejándola allí encerrada... Esto era ya intolerable, y aunque siempre conservaba su presencia de ánimo, observé que el infeliz vicario enflaquecía, y que su cuerpo arqueaba, como si le afectara el corazón aquel odio con que correspondían á sus bondades. Como era natural, semejante paciencia no desarmó á sus enemigos, los cuales, por el contrario, se envalentonaron acentuando más sus ataques: las muchachas se mofaban de él á su paso; los chiquillos, ocultos detrás de las cercas, arrojábanle manzanas verdes; y á todo esto nadie le defendía. Los que antes le apoyaban solían decir: «¡Es un simple!...» Seguramente no comprendían aquellos salvajes cuánto valor se necesita para conservar en semejante caso la frente serena para decir misa desde el principio hasta el fin, para llenar sus deberes religiosamente... Cierto domingo produjose una escena verdaderamente escandalosa; varios borrachos, entre los cuales iban los tres Gronlard, rodearon al clérigo y lleváronsele consigo, cantando unas coplas que el maestro de escuela había compuesto, y cuyo estribillo era:

Señor clérigo, no os gusta la danza...

»El pobre Daniel forcejeaba para librarse de las manos de aquellos perdidos; pero los dos más fuertes le arrastraban, y cualquiera hubiera dicho que el bueno del sacerdote estaba también ebrio. Por fortuna los encontré; los dos tunantes que sujetaban al abate recibieron cada cual de mi mano uno de esos reveses que yo sé aplicar tan bien... y los otros no esperaron su parte; mas al volver al curato, el pobre Daniel se echó á llorar amargamente... No puede usted imaginarse hasta qué punto llegaba la ferocidad de aquellos tunos, que parecían complacerse en el mal. Cierta noche, por ejemplo, un chico despierta al padre Daniel diciendo que el viejo Moltu está moribundo y desea verle. Este Moltu es un anciano que vive sin compañía alguna en aquella casita que vemos desde aquí. El bondadoso sacerdote emprende la marcha por un sendero muy peligroso, en medio de la obscuridad, exponiéndose á rodar diez veces por un precipicio; llega al punto designado, y encuentra á Moltu roncando, y que al ver que le despiertan agobia de injurias al sacerdote... Cuando volvía á casa rendido de fatiga y lleno de barro, todo el mundo le esperaba, cantando á voz en cuello el consabido estribillo.

»Todos los días esas gentes inventaban algo para martirizar á Daniel... Jamás hubiera creído que esos labriegos, apenas capaces de aprender á leer, pudieran ingeniarse tanto á impulsos del odio; y hasta los que antes no solían ser malos, hiciéronse peores que perros rabiosos. Todo esto sin motivo alguno; solamente porque el padre Daniel era un hombre de distinta especie que ellos... Lo mismo ocurre con las abejas cuando una extraña se introduce en su colmena...

»Así las cosas, á principios de verano llega la hija mayor de los Gronlards, Catalina. Hacía cuatro ó cinco años que había marchado para servir en París, sin que nadie oyese después hablar de ella, pues cuando se pedían noticias al padre Gronlard, contestaba siempre: «Va bien, va bien,» procurando cambiar de conversación. Alguien aseguraba á veces que se había echado á la mala vida, lo cual no extrañaba á nadie, y no se hablaba más del asunto. Para las jóvenes montañesas, la ciudad no vale nada, y en ella mueren de nostalgia ó se pierden... En cuanto á Catalina, era demasiado perversa para que la aquejase semejante enfermedad; ya valía poco cuando se fué; cuando volvió no valía nada... Sin embargo, presentábase con trajes de marquesa y el cabello teñido de rubio, ella que siempre se distinguió por sus espesas trenzas negras; acompañábala una doncella, y llevaba un falderillo blanco. Y por desgracia, la pícara era muy linda, con su rostro cubierto de polvos de arroz y su aire distinguido... Fué directamente á casa de su padre, que lo trastornó todo, como si se tratara de recibir á una reina, y que en vez de avergonzarse, se inflaba como un pavo cuando salía con ella. Muy pronto se supo que era rica, pero rica de veras; que tenía un palacio, coche, caballos y mucho dinero; en fin, toda la fortuna de un viejo que la instituyó su heredera... ¿Por qué volvía al pueblo, ella que no tenía ya nada de campesina, ni el tocado ni las manos ni el cabello? ¿Qué placer podía causarle ver

de nuevo los caminos que antes recorriera calzando zuecos, los campos donde robaba manzanas verdes y la escuela donde recibió tantos palmetazos por no saber la doctrina?... ¡Diantre, pues no volvía más que para deslumbrar á todos con su dinero! ¡Y á fe que lo consiguió!... Al principio mirábanla desde lejos, con un resto de desconfianza, y después, cuando se supo su historia, fué la niña mimada del pueblo; agasajábanla, hacíanle caricias, la convidaban á todas partes y tratábanla con cierto respeto: con su oro había trastornado todas las cabezas. Recuerdo haber oído á una madre decir á su hija: «¡Ahí tienes á una joven que ha sabido hacer carrera!...» Y el padre Daniel, muy indignado, propúsose pronunciar un sermón sobre los bienes mal adquiridos... Al día siguiente, Catalina se presentó, solicitando confesarse con él.

»Advertíle que desconfiara, que aquella joven no podía tener ningún sentimiento bueno, que se burlaría de él, y que seguramente habría en todo ello gato encerrado, alguna maquinación de los Gronlard... El vicario me escuchó con mucha atención, pero no quiso creer ni una palabra de cuanto le dije... ¡Pobre joven!... A decir verdad, era sincero, cándido, muy bueno, y pensaba que todos los hombres y las mujeres lo eran también. Por otra parte... ¿quién sabe? La serpiente de la vanidad se desliza á veces en las almas más puras, y el padre Daniel se inclinaba tal vez á creer que su elocuencia había hecho un milagro...



Paréceme estar viendo á Catalina llegar al confesonario...

»Paréceme estar viendo á Catalina llegar al confesonario; con su vestido negro y su largo velo, que la cubría en parte, cualquiera la habría tomado por una viuda afligida y devota; bajaba la vista con humildad, y su manera de presentarse habría parecido en un todo conforme si su doncella no la hubiese esperado delante de la iglesia con el falderillo en brazos, charlando y riendo á carcajadas con el mayor de los Gronlard... ¿Qué pasó? Lo ignoro; pero cuando el padre Daniel volvió á casa, notábase en él una marcada turbación, y al preguntarle por su penitente, limitóse á contestar:

– »¿Sabe uno nunca lo que pasa en el alma humana?... ¿No tenía Jesús una cortesana entre sus más fieles discípulos?...»

Al llegar aquí el buen cura se interrumpió y después de reflexionar un instante, prosiguió con una especie de elocuencia que me pareció casi conmovedora:

«¡Ah, la Magdalena! ¿Quién diría el mal que ha hecho? ¿Quién contará las almas y los cuerpos que su conversión ha perdido?... He respetado siempre todos los decretos de la iglesia; pero, francamente (al decir esto se persignó), creo que se cometió un error al canonizarla... Cualquiera pensaría,... casi temo decirlo, mas no puedo por menos;... cualquiera pensaría, repito, que esa joven no ha podido romper nunca del todo con su antiguo oficio... Tal vez ayude á salvar algunas otras pecadoras como ella, encenagadas en el mismo barrizal; pero ¡cuántas veces habrá servido también al Tentador para extraviar corazones nobles, poniéndoles por peligroso cebo la salvación de un alma y el perdón del Altísimo!... Y á decir verdad, ¿vale la pena hacer tantos esfuerzos y sacrificios por esas almas envilecidas que abdicaron de su dignidad para entregarse á la carne?... Sólo Nuestro Señor podía atraerlas á sí sin peligro ni debilidad, pues á los hombres no les sería posible hacerlo... La indulgencia, permitida al Hijo de Dios, debe prohibirse á sus ministros, porque es cosa muy superior á ellos... Yo no pensaba nada de cuanto ahora digo á usted cuando vi al padre Daniel interesarse por su penitente; no dudando de él, me contentaba con admirar su celo.. y sólo más tarde me dije y repetí todo esto...

»En la historia que ahora le refiero hay varios puntos que jamás pude esclarecer. Así, por ejemplo, ¿cómo explicarme que pareciese disminuir desde entonces la hostilidad del pueblo contra el padre Daniel? ¿Sería que sus enemigos confiaran su causa á Catalina Gronlard, y que ésta hubiese concertado su línea de conducta con aquella gente de insaciable rencor?; ó bien, ¿habría por parte de la joven algo de sinceridad, no quiero decir un deseo de volver al bien, pues no puedo admitirlo, pero sí una afección desinteresada hacia el joven sacerdote, y en este caso habría obtenido de los suyos una tregua, haciendo valer razones que yo no conozco? De todos modos, nada sé sobre esto; yo estaba entonces convaleciente, y pude ver los resultados de la intriga, pero no seguir su trama. Naturalmente, nadie me hizo confidencias, y como yo soy muy poco perspicaz... Todo cuanto puedo decir es que hubo como una correspondencia entre la campaña que los Gronlard habían emprendido hacía algunas semanas contra el padre Daniel y los manejos de su Catalina.

»Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que había mucha electricidad acumulada en el aire. Por lo pronto, la joven traía trastornado todo el pueblo; las muchachas no soñaban más que en hacer lo que ella, para volver con vestidos de seda... Las mujeres son como las cabras, que solamente piensan en ramonear, importándoles poco qué ni dónde; los jóvenes la acechaban y seguían por todas partes, atraídos tal vez por la tersura de su cutis, lavado con finos jabones, por el perfume de su cabello, por sus encajes y por su aire de gran señora.

»Cuando yo hablaba con los mozos, esforzábame para demostrarles que Catalina era una perdida, que no habría sido digna de descalzar siquiera á las criadas de su padre, las cuales podían ser por lo menos jóvenes honradas, y que era una vergüenza ver así á todo el pueblo á los pies de aquella intrusa.

»A todo esto me contestaban: «Qué quiere usted, señor cura, lo pasado pasado,... y tal vez no haya hecho tanto como dicen... Además, ahora es juiciosa, y aun se vuelve devota.»

»En efecto, amable con los mozos más apuestos, parecía mantenerlos siempre á respetuosa distancia, y veíasela siempre rondando por el curato, ó dentro de un confesonario, como si no acabara nunca de limpiar su manchada conciencia...

»La súbita calma del pueblo me inquietó, tanto más, cuanto que creí notar que el padre Daniel era objeto de una observación constante, mezcla de desconfianza y de burla. ¿Por qué habían cedido en su enemiga los Gronlard? Evidentemente porque preparaban alguna cosa, ó porque se tramaba algo, que ellos adivinaban con el instinto de su odio... Creí de mi deber advertir una vez más al padre Daniel que le amenazaba un peligro; díjele que tuviese cuidado de los demás y de sí mismo; le recordé que el Tentador es hábil, hasta el punto de apoderarse á veces de nosotros por nuestros mejores sentimientos, y que sus adversarios parecían demasiado tranquilos para que no le amenazase un riesgo.

»El vicario me escuchó tranquilamente, fijando en mí con sus dulces ojos una mirada tan leal, tan valerosa y tan divina, que me avergoncé de pensar algo malo, quedando casi confundido.

– »Padre, me contestó Daniel, no temo nada de mis enemigos, porque son también los de Dios, y si á usted le parecen tranquilos, será sin duda porque lo están... ¿Por qué habían de seguir odiándome?... De todo lo demás, ningún cuidado tengo: no es por el deseo del bien por lo que el Tentador puede apoderarse de nosotros, y al Cielo le agrada demasiado perdonar para que sus ministros no sean clementes con los que pecaron...

»A decir verdad, yo no acababa de comprenderle, pero como ya le he dicho á usted, soy un hombre sencillo, un pobre cura de pueblo que nada sabe; y sin duda por esto la religión no me parece complicada. Perdonar á los buenos y condenar á los malos, he aquí mi regla; el cielo para los que han vivido bien, practicando la piedad, la virtud, y para los otros las penas eternas ó temporales. Lo demás son sutilezas.

»Yo hubiera debido insistir, pero no me atreví, porque el padre Daniel me causaba un poco de miedo...

»En este estado se encontraban las cosas, cuando sobrevino un incidente, una terrible lucha entre Santiago Gros, á quien ya conoce usted, y un tal Judas Lenthelme, que está en el servicio militar. Era un domingo por la tarde; los dos habían bebido bastante, y como Catalina acertase á pasar por delante del mesón, Judas dijo:

– »Apuesto á que le doy un beso delante de todo el mundo.

– »Pues yo no quiero que la beses, contesta Gros.

– »¡Pues vas á verlo!...

– »¡Ay de ti si te mueves!..

»Y trabándose así de palabras, precipítanse uno contra otro. Como los dos eran muy fornidos, nadie se atrevió á separarlos, y por otra parte la gente se complacía en contemplar aquella lucha, que duró más de media hora. Catalina se había detenido con los demás, y Judas le gritó, en el momento de recibir un puñetazo que le partió el labio:

– »¡Ya lo sabes, todo es por ti!

»Santiago Gros cayó al fin, y el otro se encarnizó con él de tal manera, que seguramente le habría hecho pedazos si yo no llego á tiempo para salvarle.

»En los días siguientes se vió á la Catalina paseándose del brazo del vencedor, y también se supo que le colmaba de presentes, habiéndole regalado un reloj, una cadena de oro y una sortija. Judas, que era muy holgazán, ya no trabajaba, lo cual no le impedía gastar en la taberna los duros que no le costaba trabajo alguno ganar. ¡Qué vergüenza!... Advierta usted que nadie quería ver nada, y hasta el padre Gronlard cerraba los ojos. Cierto día hablé de ello al alcalde, y me contestó:

– »¡Siempre ve usted el mal por todas partes, señor cura! ¿No es Catalina buena cristiana? ¿No está siempre en el confesonario? ¿Qué más se puede pedir?...

»¿Qué había de contestar?... Nada... ¿No es cierto?... Pero al día siguiente dije al padre Daniel:

– »Usted no sabe lo que pasa entre Judas Lenthelme y Catalina... No se ocultan, y todo el pueblo habla de sus intimidades... Voy á verme obligado á prohibir la entrada en la iglesia á esa mujer hasta que cambie de conducta. ¿Qué le parece á usted?...

TRADUCCIÓN DE E. L. DE VERNEUILL

(Concluirá)

SECCIÓN CIENTÍFICA

ESTUFA TERMO-ELÉCTRICA DEL DR. GIRAUD

Cuantas tentativas se han hecho para transformar directamente la energía térmica en energía eléctrica han fracasado por la producción menos que mediana de los aparatos de transformación, es decir, de las pilas termo-eléctricas: en las de gas más perfeccionadas el consumo no baja de 30 litros por watt-hora ó 30 metros cúbicos por kilowatt-hora, lo que daría un precio seis veces mayor que el que hoy se paga en las estaciones centrales de distribución. Treinta metros cúbicos de gas desprenden por su combustión 150.000 calorías, mientras que el kilowatt-hora sólo representa 850; de modo que apenas cinco milésimas de energía térmica se convierten en energía eléctrica disponible.

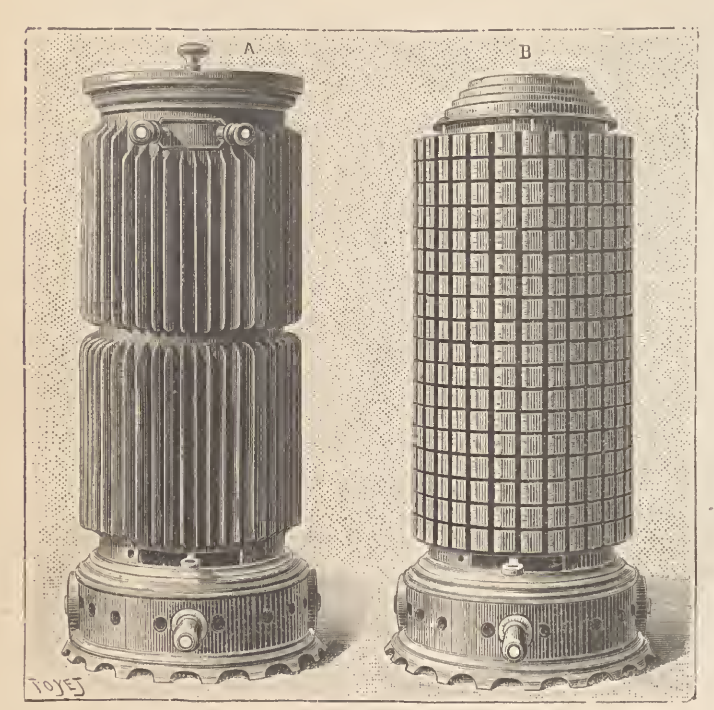
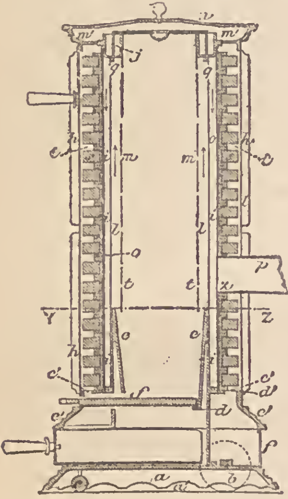


Fig. 1.—Estufas termo-eléctricas del Dr. Giraud
A. Modelo con envoltura y aletas. - B. Modelo con elementos al descubierto

Sección vertical de la estufa



Sección horizontal por YZ

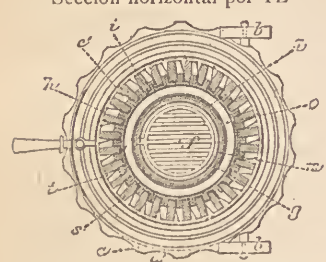


Fig. 2.—Secciones longitudinal y horizontal de la estufa termo-eléctrica: *b c*, Ruedas; *e*, Hogar; *f*, Rejilla; *i*, Envoltura; *j*, Tapadera; *h*, Aletas refrigerantes; *l*, Espacio de ascensión de los gases; *o*, Descenso de los gases; *p*, Chimenea; *t*, Espacios vacíos para la circulación del aire; *n*, Tapadera agujereada para dar paso al aire caliente.

Esta cifra que parece prohibitiva cuando la energía eléctrica constituye el elemento esencial de producción, no lo es cuando, por el contrario, el principal papel está representado por la producción del calor y la energía eléctrica puede ser considerada como producida fuera aparte del objeto principal, en cual caso el gasto suplementario está únicamente representado por el interés y la amortización del complemento añadido al aparato de calefacción que conserva íntegras su función y su potencia. No es, pues, ilógico tratar de construir una estufa termo-eléctrica capaz de proporcionar calor á una habitación y á la vez una cantidad de energía eléctrica suficiente para el alumbrado normal de la misma.

Penetrado de esta idea, el Dr. Giraud, de Chantilly, viene haciendo, desde hace muchos años, estudios é investigaciones que hoy parecen coronadas por el éxito y cuyos resultados vamos á presentar someramente á nuestros lectores.

La estufa termo-eléctrica, representada en su altura por la fig. 1 y en sus secciones longitudinal y horizontal por la fig. 2, no difiere esencialmente en su aspecto exterior de los aparatos Choubersky.

Ambas estufas tienen como caracteres comunes la forma cilíndrica prolongada, el cargarse de combustible por la parte superior, cerrarse por juntura de arena y estar montadas sobre ruedas: las diferencias residen en el modo de circular los gases, en la regulación de la combustión por la mayor ó menor abertura del cenicero y sobre todo por la envoltura exterior de aletas que forman una vaina circular en donde están dispuestos los elementos de la pila termo-eléctrica. Uno de los aparatos que ha funcionado ya en París consta de 700 elementos dispuestos en 25 coronas horizontales que ocupan toda la circunferencia en toda la altura de la estufa, salvo en el punto reservado para el paso del tubo que lleva los productos de la combustión á la chimenea. Cada uno de estos elementos está constituído por una hoja de níquel ó de hoja de lata y por una aleación con base de antimonio y de cinc, adicionada con algunos otros metales añadidos en pequeñas proporciones con el objeto de dar á aquella aleación todas las cualidades de solidez, de resistencia mecánica y de duración de que hasta ahora carecían la mayor parte de los demás elementos termo-eléctricos. Los estudios de las mejores proporciones de esta aleación, los procedimientos de soldadura rápida y económica, y la montura de estos elementos constituyen los principales méritos de los trabajos que en este asunto ha realizado últimamente el Dr. Giraud.

Para aislar los elementos entre sí y evitar su contacto directo con las partes más calientes de la estufa, lo cual podría producir su fusión ó su deterioro rápido, la parte caliente de cada elemento está envuelta en una hoja de amianto y encerrada en una pequeña caja cuadrada de palastro. Todas estas cajas yuxtapuestas y sobrepuestas con el fondo aplicado á la cara cilíndrica de la estufa, forman una especie de tablero de ajedrez hueco en cuyas casillas se colocan los 700 elementos montados todos eléctricamente en tensión. La circulación del gas está combinada para evitar una explosión en las coronas inferiores y asegurar á las superiores una temperatura suficiente á igualar la fuerza electro-motriz de los elementos.

Una de las estufas, de planchas de níquel, produce una fuerza motriz de 40 volts y una intensidad de corriente en corto-circuito de 4 amperes, de modo que en las condiciones de potencia útil máxima pueden obtenerse 40 watts disponibles. Reduciendo el tiraje, se disminuye el consumo y la temperatura, y la producción puede descender á 35,30 y aun á 25 watts, con lo que podría alimentarse directamente una lámpara de 10 á 12 bujías. Para alimentar varias lámparas á la vez, gastar en pocas horas la producción de un día y aun hacer provisiones disponibles á voluntad podrá acudirse á los acumuladores, pudiendo entonces disponerse de 600 á 800 watts-hora para el alumbrado, cantidad de energía que corresponde á 20 ó 25 lámparas-hora de 10 bujías.

Las estufas termo-eléctricas consumen el mismo combustible que las ordinarias de igual potencia térmica, ó sea 20 á 28 kilogramos de cok al día.

En cuanto á la duración de los elementos, las pruebas hasta ahora practicadas permiten suponer que será la suficiente para compensar el mayor coste del aparato con la doble utilidad de calefacción y alumbrado que proporciona.

***

EL ANÁLISIS DE LOS VINOS

Determinación de la cantidad de cloruros en el vino
El clorurómetro

Durante mucho tiempo se ha empleado la sal para precipitar la clasificación del vino y evitar que se vuelva agrio; pero algunos vinicultores, abusando de este procedimiento inofensivo y á fin de aprovechar en toda su extensión el límite de riqueza alcohólica que algunas naciones han fijado, adicionan el vino con alcohol, y para restablecer en sus justas proporciones el extracto seco añaden á aquél glicerina, glucosa, algunos gramos de sal por litro etc.; otros, sabiendo que los vinos no enyesados son tenidos en mayor estima, los desenyesan con cloruro de bario, que obrando sobre el sulfato de potasa producido por el enyesado da origen al sulfato de barita insoluble, y aunque se quita éste por filtración, siempre queda el cloruro potásico, sal purgante y tóxica en el mismo grado que el sulfato potásico. Contra esta práctica ha tomado severas medidas el gobierno francés, y de aquí el interés que para los comerciantes y viticultores tiene determinar la cantidad de cloro que sus vinos contienen, lo cual pueden hacer por un procedimiento muy sencillo. En vez de la incineración del vino que se hace en los laboratorios, se procede al simple decoloramiento por el negro animal pulverizado, pues se ha probado que dejando en negro animal bien lavado soluciones que contengan 1, 2 ó 3 gramos de sal por litro, la riqueza de los licores en cloruros no se modifica sensiblemente. Es, sin embargo, condición esencial que el negro animal sea puro y haya sido lavado con agua destilada hasta que no contenga cloruros, lo cual se comprueba echando en algunas gotas del agua del lavado un poco de solución de nitrato de plata, que produce un precipitado de cloruro de plata, si hay todavía cloro en el agua, dejando en caso contrario completamente límpido el líquido.

Inspirándose en estos experimentos, M. Dujardin ha inventado un aparato para la determinación de los cloruros del vino, compuesto de dos vasos para precipitados, una probeta, un embudo, filtros, una medida para el negro animal, otra de 50 centímetros cúbicos para el vino que se ha de analizar, una pipeta de 10 centímetros cúbicos, papel de tornasol azul, una bureta de Gay Lusac y varios frascos con nitrato de plata, cromato de potasa, carbonato sódico y negro animal. En uno de los vasos se pone una medida de negro animal y otra de vino, se agita la mezcla algunos instantes y se echa en un embudo con filtro colocado en la probeta (fig. 1). Del líquido filtrado, que es incoloro, se toman con la pipeta 10 centímetros cúbicos que se echan en el segundo vaso y se les añade unas gotas de carbonato sódico hasta que una tira de papel tornasol azul sumergida en el líquido no se vuelva roja. Así se destruye la acidez del vino. Echanse en el vaso unos 10 centímetros cúbicos de agua destilada y se añaden tres ó cuatro gotas de cromato amarillo de potasa, con lo que el licor toma un tinte amarillo claro.



Fig. 1. – Decoloramiento de los vinos por el negro animal

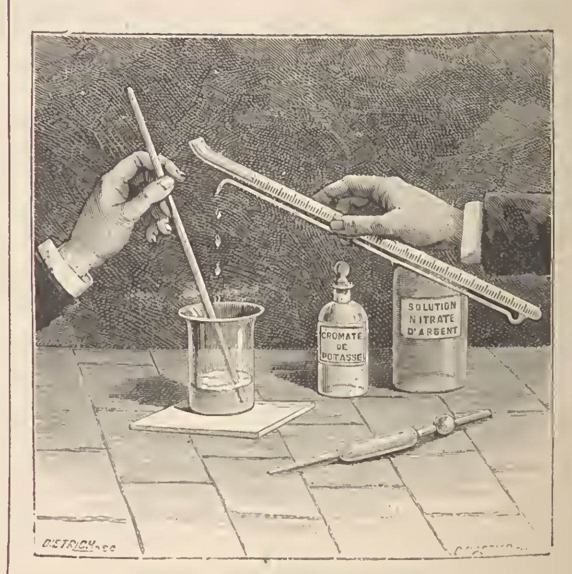


Fig. 2. – Determinación del cloro

Entonces se llena la bureta de Gay Lusac hasta la

línea o con la solución de nitrato de plata y se echa gota á gota en el vaso para precipitarlo (fig. 2). El licor se enturbia y vuelve lechoso por consecuencia de la formación del cloruro de plata que se precipita, y al final las gotas del nitrato dan una aureola encarnada que desaparece por la agitación. La operación se suspende en el momento en que el licor no produce ya el tinte amarillo: el líquido tiene entonces un color de ladrillo muy marcado, que indica el término de la operación, y que es debido á que no encontrando ya en el líquido cloro para formar cloruro de plata insoluble, el nitrato de plata reacciona sobre el cromato de potasa, produciendo cromato de plata de color rojo de ladrillo.

En la bureta graduada se lee la división correspondiente al nivel del líquido: la solución de nitrato de plata está calculada de tal manera que un centímetro cúbico representa un miligramo de cloruro de sodio para los 10 centímetros cúbicos de vino empleados en el experimento, ó sea un decigramo de cloruro de sodio por litro. El número de centímetros cúbicos de nitrato de plata añadidos corresponde, pues, á otros tantos decigramos de sal marina por litro de vino.

M. Dujardin ha construído también un cloruómetro de pequeño modelo, más sencillo, destinado á las compras en los viñedos, que está basado en las mismas reacciones que el que acabamos de describir y cuyo empleo es sumamente práctico.

A. HEBERT

(De *La Nature*)



UNA BACANAL, bajo relieve de D. Venancio Vallmitjana

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN